

UNIVERSIDAD NACIONAL MAYOR DE SAN MARCOS

FACULTAD DE LETRAS Y CIENCIAS HUMANAS

E.A.P. de Filosofía

Antropología de la muerte: el concepto de pulsión de muerte de Sigmund Freud y el concepto de muerte en ser y tiempo de Martín Heidegger.

Tesis para obtener el título profesional de Licenciada en Filosofía

AUTORA:

Elizabeth Huaita Condorchua

LIMA – PERÚ 2006

A Dios, Señor de mi vida y mi muerte.

ÍNDICE

Introducción.	4
Capítulo I	
1. Antecedentes históricos de la investigación.	8
1.1 Concepto de muerte humana.	17
1.2 Concepto de instinto.	22
1.3 Concepto de pulsión.	28
1.3.1 La pulsión de muerte. Antecedentes del concepto freudiano.	32
1.3.2 Concepto de pulsión de muerte.	36
Capítulo II	
2. La teoría heideggeriana de la muerte.	46
2.1 Existencia auténtica.	52
2.2 Conceptos de angustia heideggeriana y freudiana.	55
2.3 Puntos convergentes entre el concepto de pulsión de muerte de Freud y el concepto de muerte de Heidegger en “Ser y tiempo”.	61
Capítulo III	
3. El niño y la muerte.	63
3.1 Uno frente a la muerte del otro.	75
3.2 Aprendiendo de la experiencia de los moribundos.	78
3.3 Educar para la vida: Educar sobre la muerte.	84
Conclusiones	88
Bibliografía	91

Introducción

El hombre es el único ser con capacidad de simbolización, con conciencia de su devenir, de sus proyectos de vida, temporalidad y principalmente de su muerte, y esto es lo que lo distingue medularmente de los animales.

La muerte es uno de los enigmas más cautivadores para el entendimiento humano, por ello, a lo largo de la historia, el hombre ha pretendido comprenderla. La forma más primigenia de aprehenderla fue por medio de la comparación que el ser humano estableció al ver que sus congéneres morían, entonces concluyó en que también él debía de morir.

Sin embargo, con el paso del tiempo, el hombre fue alejando de sí a la muerte como parte de su condición humana y la cercó con mitos e ideas que la constituyeron como algo temible, aborrecible e inaceptable.

El presente trabajo abordará el tema de la muerte, desde el enfoque de dos disciplinas diferentes: el psicoanálisis de Sigmund Freud con su concepto de pulsión de muerte, y la filosofía de Martín Heidegger y el tratamiento que realizó sobre la muerte en su obra "Ser y Tiempo"

El objetivo de este trabajo será realizar un estudio antropológico filosófico de dichas investigaciones e intentar un acercamiento a la realidad, las manifestaciones, los acontecimientos, que circundan y a la vez establecen en el hombre la idea de muerte como acontecimiento personal.

A continuación, a grosso modo, se intentará situar el contexto de ambas investigaciones, ya que ambos autores las realizaron en el determinado sitio que les tocó ocupar en la historia.

En el caso de la obra de Freud hay que recordar que el psicoanálisis surgió en medio de una sociedad de estilo y costumbres conservadoras, rigurosas e inflexibles, heredadas por la era victoriana; donde el pensamiento predominante era de origen cartesiano y el culto a las ciencias se podía traslucir en el positivismo.

Esta disciplina radica en la teoría de lo inconsciente, la que sistematiza lo que el sentido común ha apreciado desde siempre: que detrás de la mayoría de las actitudes y comportamientos conscientes de una persona podemos suponer intenciones, pensamientos, sentimientos, que casi siempre están ocultos y pasan inadvertidos, incluso para esa misma persona y para los demás.

Las investigaciones de Freud se fueron perfilando hacia uno de los principales factores reprimidos en el hombre: la sexualidad. Con el descubrimiento de la sexualidad infantil, Freud presenta al niño como un ser sujeto de contradicciones, de pulsiones que reclaman satisfacción, de igual modo el adulto que actúa acorde a sus propios fantasías, temores e ideales.

En 1920, Freud publicó *Más allá del principio del placer*. En ella, consideraría que las pulsiones de vida no lo explican todo. Además muestra otra característica de las pulsiones, que es el carácter repetitivo de las mismas.

Esta compulsión por la repetición será mucho más elemental que el Principio del Placer y Freud consideraba que en ella es imposible encontrar el deseo de satisfacción, este suceso es una manifestación de la “pulsión de muerte”.

Existe una tendencia de lo orgánicamente vivo a la reconstrucción de un estado anterior, de donde emergió, a través de la reducción completa de las tensiones. La pulsión de muerte es la tendencia que lleva la vida a la muerte y actúa silenciosamente; apareciendo sólo en sus manifestaciones.

Por otro lado, el concepto de muerte que elabora Martín Heidegger se encuentra en su obra de 1927 “Ser y tiempo” y lo desarrolla en el marco de su analítica ontológica del ser humano al que denominó “Dasein”.

Este Dasein es aquel que tiene una relación de ser con su propio ser, es decir, que le va su ser en sí mismo. Este está situado en el mundo con el que se vincula, se desarrolla, se va construyendo a sí mismo; y su existencia es sinónimo de “poder ser” ya que el Dasein está siempre abierto a las posibilidades.

Heidegger define a la muerte como la posibilidad más propia, cierta, insuperable e irrespectiva del Dasein. Es aquella que determina el final de su existencia y a su vez la constituye. Este conocimiento le es revelado al Dasein por medio de la angustia.

El mismo mundo en donde el Dasein “es”, hace que este se aleje de la reflexión sobre su existencia. Aleja al Dasein del conocimiento más importante para su ser: que es un ser para la muerte.

Al decidir vivir subyugado a la opinión de los demás, el Dasein vive de una manera despersonalizada, enajenada, una existencia inauténtica.

El presente trabajo constará de tres capítulos. El primero de ellos contiene los antecedentes de la investigación, y propone una caracterización de la muerte, así como los conceptos básicos de la teoría freudiana de la pulsión de muerte. En el segundo capítulo se tratará de la concepción heideggeriana de la muerte en su obra "Ser y tiempo" y expondrá las convergencias encontradas con la investigación de Freud sobre la muerte. En el tercer y último capítulo se pretende evaluar la actualidad de ambas concepciones, las de Freud y de Heidegger, situándolas en circunstancias que atañen al proceso de asimilación de la muerte y el morir, y la propuesta rescata sólo lo sustantivo de ambas investigaciones y cómo se puede aplicar como una alternativa de formación antropológico filosófica.

1. Antecedentes históricos de la investigación.

El suceso en el que el hombre despliega una vasta gama de expresiones simbólicas complejas sobre los procesos de la vida y la muerte es el ritual fúnebre. El hombre despertó a una particular sensibilidad ante sus semejantes que morían frente a él. Experimentó la ausencia y la pérdida de estos y empezó a enterrar a sus muertos. Al respecto Eugenia Villa Posse afirma:

“Es evidente, como señalan algunos autores, que la conciencia de la muerte del otro, que condujo a la conciencia de la propia muerte, está ligada a muchos otros sentimientos, entre los cuales están la piedad y el respeto, que llevan al hombre primitivo a no dejar descomponer en cualquier lugar los cuerpos de sus compañeros, no sólo para evitar el horror de la descomposición, sino también porque la inevitabilidad de la propia muerte, movió al hombre desde los tiempos del Neandertal, a buscar una experiencia después de esta vida”¹.

Siguiendo las reflexiones de la autora se puede afirmar que este suceso, el de la muerte de sus semejantes, provocó en el hombre un especial interés en donde involucró determinados afectos. El rito de enterrar a los muertos es manifestación de la resistencia a la extinción absoluta del ser humano fallecido. La sepulturas se presentan como una forma de rescatarlo del olvido e intentar preservar lo que el tiempo habrá de destruir.

¹ Villa Posse, Eugenia. *Muerte: Cultos y cementerios*. Disloque Editores. Santafé de Bogotá, 1993. Pág36.

El cuidado que se le tributa al cadáver se modifica de acuerdo a las culturas, sin embargo, la intención es la misma. Así, la idea de muerte se fue amalgamando en la conciencia del hombre a lo largo del tiempo².

El descubrimiento efectuado por el hombre sobre aquel fenómeno inminente que le muestra que su vida no es ilimitada, le permitió albergar la comprensión parcial de lo manifiesto ya que no fue posible, de primera intención, que asimilara la idea de que esa muerte también le ocurrirá, por ello se suscitó en él una contradicción que permanece acuñada en su ser hasta la actualidad: aceptar el hecho de morir como la supresión absoluta de la vida y, a su vez, dar el mentis a esta hasta reducirla a la nada³.

En otras circunstancias la muerte llamó la atención del hombre hasta convertirse en un tabú y en un tema que era motivo de aversión. Esto podemos comprobarlo, por ejemplo, en distintas manifestaciones culturales del África y la Polinesia recogidas por Freud en su libro *Tótem y Tabú*, en donde señala:

“Manteniendo nuestra comparación con el contagio podemos decir que el tabú de los muertos muestra en la mayor parte de los pueblos primitivos una particular virulencia. Este tabú se manifiesta, primeramente, en las consecuencias que el contacto con los muertos trae consigo y en el trato especial de que son objeto las personas afines al individuo fallecido”⁴.

² Murillo, José Ignacio. *El valor revelador de la muerte*. Cuadernos de Anuario Filosófico. Universidad de Navarra. Pamplona, 1999. Pág11.

³ Freud, Sigmund. *Our attitude towards death*. Hogarth. London. Volume XIV, 1957. Pág292.

⁴ Freud, Sigmund. *Tótem y Tabú*. Obras completas. Biblioteca Nueva. Madrid. Tomo II, 1948. Pág447.

A través del tiempo el hombre tuvo que hacer de la muerte algo cotidiano en su vida, por tanto debía aprender a familiarizarse con ella. Es sabido que desde la Edad Media hasta mediados del siglo XIX, con todos los matices socioculturales y religiosos, el hombre en occidente logró asimilar la muerte como un acontecimiento natural en su existencia. El hombre tomaba el hecho de morir con tranquilidad, incluso al ser advertido de su proximidad, al serle anunciada, pues para este aceptar la muerte era aceptar una de las leyes más grandes de la naturaleza, que determinaba el inevitable curso de la vida ⁵

Hoy en día la actitud este proceso de reconocimiento de la muerte como parte de nuestro ser, es muy diferente. La evasión del tema, la incomodidad al abordarlo o simplemente la exclusión de esta como materia de reflexión hace tangible una necesidad imperiosa por desentenderse de este asunto.

Al volver al primer encuentro del hombre con la muerte hallamos a este con la conciencia descubierta a un acontecimiento ajeno y luego, por un proceso comparativo, con la posibilidad de ser aplicado a su propia realidad. Es decir el hombre enfrenta un enigma: la constatación de la presencia de la muerte en otros cautivará su atención, como la misma pregunta por el principio que sustenta el mundo. Al respecto, Carlos Alvarado afirma:

⁵ Ariés, Philippe. *La muerte en Occidente*. Editorial Argos Vergara. S.A. Barcelona, 1982. Pág131.

“La reflexión sobre la vida nos conduce, ineluctablemente, a reflexionar sobre la muerte. Cuando nos formulamos esta interrogante ¿qué es la muerte?; nos planteamos un problema que, con seguridad, se ha generado a partir de la pregunta ¿qué es la vida?”⁶.

Pensar en la vida que posee hará al hombre toparse inevitablemente con el tema de la muerte, ya que conoce que esta va ligada a la vida misma. La necesidad de descubrir más sobre el misterio de la muerte aproximará el hombre a la filosofía que es el instrumento que permite la búsqueda de las respuestas a las interrogantes que se ha de formular en el transcurso de su vida, por medio de un análisis racional y crítico, poniendo a prueba las certezas que nutren su saber.

A lo largo de la historia de la filosofía la reflexión sobre la muerte estuvo siempre presente en esta disciplina. El desarrollo de escuelas de pensamiento valoró de diversas formas este fenómeno y ya que la historia de la filosofía es extensa y, que a su vez, ella acoge una gran cantidad de corrientes, se citará algunos ejemplos que son tomados de la perspectiva metafísica, la lógica sensualista, el idealismo trascendental, el nihilismo y el existencialismo.

El abordaje de la muerte en la filosofía platónica, nos presenta, producto del rescate de la doctrina socrática, una muestra muy interesante del tratamiento de este tema. Sosteniendo que el valor principal del hombre radica en su alma, el cuerpo no pasaba a ser más que una prisión que retenía a esta en todo el proceso vital; por ello, para este filósofo, la

⁶ Alvarado de Piérola, Carlos. “Una reflexión acerca de la vida acerca de la vida y la muerte”. Revista Letras. Año 72 n° 101-102. UNMSM, 2001. Pág109.

muerte se presentaba como la liberación del alma y, por tanto el camino de esta para alcanzar el Bien Supremo.

“En cuanto a ustedes, quiero darles la explicación según la cual me parece natural que un hombre que ha pasado realmente la vida en la filosofía no tema cuando está a punto de morir y esté en cambio esperanzado en que, después de haber muerto, alcanzará los mayores bienes”⁷.

Por ello, para el filósofo ateniense, ejercitarse en morir es ejercitarse en escapar y superar la prisión que constituye el cuerpo y la existencia remitida a la búsqueda de placeres⁸, así nos presenta a un Sócrates dispuesto y preparado frente a la muerte.

La cara opuesta a esta propuesta platónica la trae siglos más tarde Epicuro, quien no menospreció a las sensaciones ya que todo bien y todo mal radican en estas, según su doctrina hedonista. Es contrario a la idea de la muerte como exterminio doloroso del individuo.

Para Epicuro el rasgo que define al hombre es su capacidad de experimentar sensaciones; por tanto, la muerte no podría ser definida como un bien o un mal ya que esta es la privación de la sensibilidad.

“Acostúmbrate a pensar que la muerte nada es para nosotros, porque todo bien y todo mal residen en la sensación y la muerte es privación de los sentidos”⁹.

⁷ Platón. *El Fedón*. Carlos Casares. Editorial Universitaria. Buenos Aires, 1971. Pág111.

⁸ *Ibíd.* Pág111.

⁹ García Gual, Carlos. Acosta, Eduardo. *Ética de Epicuro: la génesis de una moral utilitaria*. Barral Editores. Barcelona, 1974. Pág91.

También afirma que el alma es un componente del hombre junto con el cuerpo, y si este se disipa, es decir, pierde todas sus facultades, el alma también lo hace. A diferencia de Platón, Epicuro no propugnaba la inmortalidad del alma.

Mucho tiempo más adelante, más próximo al nuestro, durante el siglo XIX el tema de la muerte inspiró a filósofos como Schopenhauer quien desde su metafísica orientalista afirmó:

“Nacimiento y muerte pertenecen igualmente a la vida y se contrapesan. El uno es la condición de otra. Forman los dos extremos, los dos polos de todas las manifestaciones de la vida”¹⁰.

Y desde su visión nihilista, Nietzsche plantea cual sería el momento preciso para dejar de existir. La propuesta la pone en boca de Zaratustra, quien indica que la plenitud de la vida es el tiempo propicio para dejar de vivir y no el de la decadencia.

“Mueren muchos demasiado tarde y algunos otros mueren demasiado pronto. “¡Morir a tiempo!” es una doctrina que todavía resuena extraña en muchos oídos. Morir a tiempo: he aquí lo que enseña Zaratustra”¹¹.

¹⁰ Schopenhauer, Arthur. *El amor, las mujeres y la muerte*. Ediciones Cenit. Buenos Aires, 1956. Pág53.

¹¹Nietzsche, Friedrich. *Así hablaba Zaratustra*. Biblioteca Edaf de bolsillo. Madrid, 1980. Pág92.

En el siglo XX, cuando la muerte entronizaba el hemisferio occidental a causa de las guerras mundiales y muchos otros eventos violentos, se hizo aún más patente la fragilidad de la especie humana, expuesta a situaciones de supervivencia y de grandes cuestionamientos. El hombre no pudo evitar encontrarse de cara con la responsabilidad de escuchar el llamado de su ser invitándolo a la reflexión sobre su existencia. La evidencia de la muerte orienta al hombre hacia una actividad reflexiva, y aún más, le devuelve la conciencia de su humanidad; la mortalidad¹².

Situado precisamente en este siglo de guerras mundiales sucesivas, encontramos a Martin Heidegger, uno de los máximos exponentes de la filosofía existencialista. Él reflexiona sobre el rol que cumple la muerte como determinante de la existencia. Su posición acerca de la muerte será ahondada en el transcurso de este trabajo.

Como podemos observar, el hombre, desde los albores del pensamiento ha considerado a la muerte como materia necesaria de investigación. Su definición es muy diversa, y se sujeta a las distintas disciplinas por las que es estudiada, tal como sostiene Cecilia Monteagudo Valdez:

¹² Savater, Fernando. *Las preguntas de la vida*. Editorial Ariel. S.A. Santafé de Bogotá, 1993. Pág31.

“Si partimos de la consideración común, que la muerte es el acontecimiento más universal e irrecusable de toda existencia, resulta natural que se halle presente en cada ciencia que investiga a la naturaleza humana. De este modo veremos que la muerte atañe a disciplinas muy afines y muy diferentes entre sí”¹³.

Por su parte el filósofo José Ferrater Mora propone la siguiente definición de muerte:

“En cierto modo, podría decirse que el significado de la muerte ha oscilado entre dos concepciones extremas: una que concibe el morir por una analogía con la desintegración de lo inorgánico y aplica esta desintegración a la muerte el hombre, otra en cambio, que concibe inclusive toda cesación por analogía con la muerte humana”¹⁴.

Cuando hacemos la pregunta por la muerte desde la filosofía encontramos múltiples posibilidades de hallar respuestas, ya que la filosofía nos permite confrontar lo que otras disciplinas propongan sobre el tema.

Esta búsqueda personal y osada, la de sumergirse en un asunto tan engorroso para nuestros tiempos, es una actitud necesaria de reencuentro con la propia muerte, habitante silencioso e interno de nuestra existencia; es la actitud particular de todo hombre que quiere ir al

¹³ Monteagudo Valdez, Cecilia. “La temporalidad y la vida”. Boletín del Instituto Riva – Agüero n° 174. P.U.C.P, 1996. Pág143.

¹⁴ Ferrater Mora, José. *Diccionario de Filosofía*. Alianza Editorial. Madrid, 1980. Pág 2282.

encuentro del por qué de la muerte y el significado que pueda tener para su propia vida, y halla en la filosofía la vía adecuada para embarcarse en esta empresa, ya que ella abarca la experiencia humana total ¹⁵.

¹⁵ Favarger, C. Gabus, J. Chaerer R. *El hombre frente a la muerte*. Ediciones Troquel. Buenos Aires, 1964. Pág 128.

1.1 Concepto de muerte humana.

La vida del hombre es una concatenación de fenómenos que se inician con el nacimiento, y en el transcurso de esta vida el organismo gasta y genera energía que prodiga el equilibrio necesario para el buen funcionamiento del mismo.

Al iniciarse el proceso en el que se disgrega el constructo viviente se produce la muerte. Esta supone una sucesión de hechos que ocurren de manera simultánea, como el deterioro progresivo de los órganos y tejidos del cuerpo, que van perdiendo gradualmente la funcionalidad.

El cese definitivo de las funciones que aseguran el mantenimiento del medio interno del organismo vivo es lo que conocemos como muerte, y esta determina el fin de la vida.

La idea que se tuvo sobre muerte del hombre, en la cultura griega del siglo IV (a.c), era lo que se considerada como "muerte natural". Esta se refería a la que ocurría por el cese de las funciones cardiopulmonares, es decir el detenimiento del latido cardiaco y la ausencia de respiración. Este concepto es sostenible parcialmente hasta nuestros días, pues estas manifestaciones son consideradas como típicas del diagnóstico de muerte.

El concepto de muerte estuvo sujeto, al inicio, a criterios de origen no especializados en las ciencias médicas. Al coincidir los signos del

paciente por los establecidos mediante dichos criterios se le podía considerar muerto. Estos eran: ausencia y suspensión definitiva de respiración, hipotermia, rigor muscular, livor mortis, y luego la descomposición paulatina del cuerpo.

“Los síntomas de la muerte como fueron enumerados por los primeros médicos legistas en poco difieren de lo que hoy en día encontramos en los textos más modernos de medicina legal. Ellos son en resumen: cesación de la respiración y del pulso, variaciones en los ojos, inestabilidad a estímulos eléctricos, rigor mortis, palidez, hipóstasis y relajamiento de los esfínteres”¹⁶.

Estas características han sido constantes a través de los tiempos. Sin embargo en el siglo XVIII aconteció que entre la gente surgió un gran temor de ser inhumados vivos debido a las imprecisiones que se habían suscitado en el diagnóstico médico.

“Puede decirse que ciertos órganos han muerto mientras otros siguen viviendo, que ciertos órganos pueden, dentro de ciertos límites *recuperarse y revivir*”¹⁷.

¹⁶ Toynbee, Arnold y otros. *El hombre frente a la muerte*. Enecé Editores. Buenos Aires, 1971. Pág18.

¹⁷ Ferrater Mora, José. *El Ser y la muerte: Bosquejo de filosofía integracionista*. Editorial Planeta. Barcelona, 1979. Pág97.

Este estado llamado catalepsia se asociaba a la suspensión de la sensibilidad junto con la rigidez de los músculos del cuerpo que ocurría de manera repentina, y cuyos síntomas eran muy semejantes a los de una muerte en apariencia, lo que permitía que se diagnosticara inmediatamente el deceso. Por ello la medicina forense planteó, más adelante, un tiempo preventivo antes de realizar el entierro.

En el siglo XIX, con los avatares de la tisis y la peste, la gente temía la propagación de la epidemia, por tanto, movidos por esta amenaza se apresuraban en deshacerse de los cadáveres infectados, y posiblemente la constatación exhaustiva de la muerte de estos pacientes no se realizó adecuadamente.

Hasta la primera mitad del siglo XX el concepto de muerte no había variado del que se tenía anteriormente, se regía por el cerciorarse de la ausencia de funciones vitales. Ya para finales de la década del 50 se planteaba la dificultad de determinar con certeza cuando es que se debía dar por sentado que un hombre había muerto, pues existían casos de lesiones cerebrales irreversibles suscitadas por oxigenación insuficiente que sin embargo permitían una cierta forma de vida vegetativa.

Las circunstancias en que se produce la muerte y el modo de determinarla como tal, están relacionados con el progreso de la medicina y la tecnología médica que permiten la reanimación de la

actividad cardiaca o respiratoria, que son las señales principales de la muerte.

Con el desarrollo de la terapia intensiva se replantea el concepto de muerte, pues esta irá vinculada al concepto de muerte encefálica que es explicada como resultante de un daño irreversible que excluye enteramente la actividad del sistema nervioso central.

“Los síntomas de la muerte no han cambiado radicalmente desde las primeras épocas, excepción hecha del concepto de muerte encefálica o muerte del cerebro. Los dispositivos modernos, tales como el electroencefalograma y el electrocardiograma, siempre que se encuentren disponibles, posibilitan al clínico la aplicación de pruebas más efectivas y esclarecedoras”¹⁸.

A este nuevo concepto se suman los criterios de aquellos que plantean una cultura de transplantes de órganos, y por otro lado, se tiene las cuestionadas medidas económicas del espacio en las salas de hospital, política aplicada por algunos nosocomios en donde las consideraciones sobre los pacientes con pronósticos de vida limitadas hace que el personal médico opte por plantear, en muchos casos, la eutanasia.

¹⁸ Toynbee, Arnold y otros. *El hombre frente a la muerte*. Enecé Editores. Buenos Aires, 1971. Pág27.

Lo inmutable sobre el concepto de muerte es que esta no es sólo el cese de las funciones que permiten que el organismo viva, sino que la muerte es la realidad con la que convivimos desde siempre, la que juega el papel más importante de nuestra existencia y de la cual nadie podrá prescindir.

1.2 Concepto de Instinto.

Las investigaciones realizadas desde el campo de la Etología y la Antropología, durante la primera mitad del siglo veinte, llegaron a establecer que en el animal existían ciertos rasgos inscritos en su repertorio innato de conducta, consolidada por la herencia genética. Estas son formas de existencia que se elaboran en el proceso de adaptación al medio.

A esta conducta se le denominó “instinto”, cuya característica radica en el comportamiento heredado, innato, propio de una especie animal, tal como afirma Jean Laplanche:

“Hay un carácter de hereditario, fijo, adaptativo, con cierta tensión somática en el inicio, una “acción específica” un objeto satisfactorio, que induce una distensión duradera”¹⁹.

Este comportamiento varía de una a otra especie, se desarrolla acorde a una secuencia temporal y responde a una finalidad. Al someterse a ciertas excitaciones, sean internas o externas, este emite una actividad refleja como respuesta y esta se da porque está acuñada en el interior de la especie desde siempre. Sobre esto Michael Landman dice:

¹⁹ Jean Laplanche. “Pulsión e instinto”. Revista de Psicoanálisis. Asociación Psicoanalítica Argentina. Tomo LVIII, 1, 2001. Pág 27

“El animal, dijimos, está dominado por instintos determinados típicos de su especie. No decide por sí mismo el modo de comportarse en cada caso: su manera de obrar le viene previamente trazada por la naturaleza como un itinerario fijo”²⁰.

Hasta aquí se puede aseverar que este conjunto de pautas de reacción ante un estímulo externo es innata de una misma especie animal. El instinto es anterior a la educación, aparece en su total complejidad ajena de aprendizaje, limitado por cierto orden de hechos. Es decir cuando determinadas circunstancias aparecen en su entorno y estimulan este actuar. Por su parte, el etólogo austriaco Konrad Lorenz sostuvo que las acciones instintivas provenían de patrones innatos que adquirirían mayor complejidad con los estímulos externos.

“Hoy distinguimos, en los procesos motores inmediatos conservadores de la especie, dos clases claramente distintas en lo fundamental, o sea desde el punto de vista fisiológico: los automatismos, resultado de procesos de estimulación endógena, para los cuales empleo solamente el término de *acciones instintivas*, y las reacciones de orientación dependientes de estímulos externos directivos que, Kühn y yo denominamos tactismos o taxias”²¹.

Para Lorenz el instinto es una manifestación de un programa fijado en el código genético de la especie, y esta hace que se presente de manera

²⁰ Michael Landmann. *Antropología Filosófica: Autointerpretación del hombre en la historia presente*. Uthea. México, 1978. Pág230.

²¹ Lorenz, Konrad. *Biología del comportamiento*. Siglo Veintiuno editores, S.A. México D. F, 1971, pág13.

automática. Estos instintos, al ser sometidos al proceso de selección y evolución se pueden modificar de forma adaptativa haciéndose más calificados según las exigencias de este proceso.

Los instintos básicos que configuran el repertorio conductual innato de hombres y animales son: la alimentación, reproducción, fuga y agresión, los que a su vez pueden ir combinándose con experiencias que surjan en su entorno ambiental.

Por lo tanto, el hombre no se presentaría como un ser aislado, más bien podría decirse que este nace y se desarrolla por una suerte de condicionamiento de su estructura genética.

Las investigaciones de Lorenz comprobaron que junto con los instintos del hombre existen esquemas receptores del mundo que son los que hacen que la información se transmita por herencia²².

Las capacidades innatas permiten afrontar las dificultades que pueda presentársele a determinada especie. Lorenz postula que la conducta instintiva puede fusionarse con la que recoja de las experiencias que determinada especie vaya adquiriendo. De este modo los instintos se van enriqueciendo y la adaptación se hace más factible. Sobre esto Laplanche señala:

“Con Lorenz, los modelos de instinto se flexibilizan notablemente. Lorenz estableció que el instinto presenta una variabilidad mucho mayor de la que se cree. Él introdujo la noción de entrelazamiento o de alternancia. El término

²² Michael Landmann. *Antropología Filosófica: Autointerpretación del hombre en la historia presente*. Uthea. México, 1978. Pág231.

alemán es *Verschränkung* que dice bien lo que este autor quiere expresar. Se trata de una verdadera trenza entre eslabones distintivos innatos y eslabones adquiridos por adiestramiento o inteligencia”²³.

Al nutrirse de diversas experiencias, estos patrones instintivos se convierten en adaptativos. Así, los miembros de una especie pueden actuar de manera adecuada frente a una gran variedad de circunstancias que les presente la naturaleza. En el caso del hombre vemos que los que apuntan a favorecer la protección y la supervivencia del organismo, combinados con las capacidades de orientación, exploración, adaptación al medio ambiente, en conjunto se le conoce como instinto de conservación.

“Los bien delimitados sistemas de instinto del animal son en el hombre indiferenciados, altamente susceptibles de combinación, plásticos, convertibles (como los calificó Freud) (...) Los componentes instintivos pueden pasar a los niveles y secciones más variados en cualquier conducta humana aprendida”²⁴.

De este modo el instinto de conservación también adquiere diferentes matices al ser combinado por diferentes experiencias a lo largo del tiempo y aunque por influencia de la cultura algunas conductas selectivas hayan sufrido restricciones, tanto en los animales domésticos, como en los

²³ Jean Laplanche. “Pulsión e instinto”. Revista de Psicoanálisis. Asociación Psicoanalítica Argentina. Tomo LVIII, 1, 2001. Pág29

²⁴ Arnold Gehlen. *Antropología Filosófica “Del encuentro y descubrimiento del hombre por sí mismo”* Ediciones Paidós. Barcelona, 1993. Pág80.

mismos hombres, pues se pueden percibir en pequeñas fluctuaciones en la selectividad moral, el instinto de conservación parece casi inamovible.

Los etólogos señalan que una manifestación de este instinto de conservación es la agresividad ya que este comportamiento responde a la búsqueda de asegurar, en el caso de los animales de la misma especie, la defensa territorial, la protección de sus crías, la supremacía en los géneros. De esta forma la característica principal de la agresividad es el propósito defensivo y así esta se constituye como una pieza fundamental en la organización de un sistema jerarquizado y conservador de vida.

En el hombre se presenta de la misma manera, suele manifestarse cuando este se ve amenazado en su integridad física o en su espacio vital. Es innegable que la conducta agresiva es inherente al hombre ya que, como se observa, se da como una respuesta primaria, por tanto instintiva. Al respecto dice Huber:

“La agresividad no es consecuencia de la frustración: es tan original como la libido (...) La agresividad no es en el hombre un accidente, sino una fuerza de su naturaleza, y porque las fuerzas instintivas son a la vez originales y nacidas de un conflicto, contienen el principio de la ley”²⁵.

Este instinto puede demostrarnos que la tendencia del hombre es la de un ser violento. Ya lo indicó en su momento Sigmund Freud, en la obra “El malestar en la cultura”.

²⁵ Huber, Winfrid y otros. *El psicoanálisis, ciencia del hombre*. Charles Dessart, editor. Bruselas, 1964. Pág22.

“El ser humano no es un ser manso, amable, a lo sumo capaz de defenderse si lo atacan, sino que es lícito atribuir a su dotación pulsional una buena cuota de agresividad (...) Esa agresión cruel aguarda por lo general una provocación, sirve a un propósito diverso cuya meta también habría podido alcanzar con métodos benignos”²⁶.

Sigmund Freud repara en que dentro del hombre existen tendencias hostiles dirigidas a ocasionar daño a otro y estas pueden ser de acción motriz, manifiesta por medio de la musculatura, destructivas y violentas que se dan cuando el yo lucha por su afirmación y conservación, como por ejemplo cuando existe competencia por recursos escasos.

Como hemos visto la agresividad constituye un rasgo muy importante dentro del campo de los instintos, básicamente del instinto de conservación, tanto en los animales como en el hombre. La conducta agresiva en el hombre capturó la atención del psicoanálisis, hasta convertirse en una terminología muy importante en la gestación del desarrollo de la teoría freudiana de las pulsiones, especialmente en el concepto de pulsión de muerte, que se desarrollará más adelante.

²⁶ Freud, Sigmund. *El malestar en la cultura*. De Amorrortu Editores autorizado para A medio siglo del malestar de la cultura. Siglo veintiuno editores. México, 1983. Pág76.

1.3 Concepto de pulsión

El término pulsión es utilizado por Freud para hacer mención a un proceso dinámico de factores energéticos consistente en un impulso que hace tender al organismo hacia un fin.

Este concepto ha sufrido ciertas alteraciones al no haber sido correctamente traducido, permitiendo la confusión con la palabra “instinto”. Para designar el concepto de pulsión Freud utiliza la palabra alemana *Triebe*, que tiene como connotación el matiz de empuje. Laplanche lo explica de esta manera:

“En francés *Triebe* se ha traducido frecuentemente por *instinct*. Ocurre sin embargo que en Freud, y, en general en la lengua alemana, encontramos no uno sino dos términos, dos “significantes” para emplear una terminología más moderna (...). *Triebe* viene de *treiben*, impulsar, empujar; *Instinkt*, de origen latino, deriva de *instinguere*, que también significa agujonear, incitar. Pero- proceso muy frecuente en una lengua y sobre todo en la alemana- cuando un autor aborda las inflexiones latentes del vocabulario con toda la seriedad que ellas merecen, se encuentra, como en este caso, en presencia de dos significantes, procurará utilizar esta duplicidad objetiva para deslizar en ella una diferencia de sentido, algunas veces apenas perceptible pero otras acentuada hasta constituirse en una verdadera oposición”²⁷.

²⁷ Laplanche, Jean. *Vida y muerte en Psicoanálisis*. Amorrortu Editores. Buenos Aires, 1970. Pág18.

La pulsión ha sido considerada, también, como el representante mental de una fuerza biológica que impulsa a la mente hacia a la actividad, este comportamiento que sigue al impulso está mediatizado por el “Yo” y de este modo la respuesta al estímulo será modificada por la experiencia y la reflexión.

He aquí la característica que hace la diferencia con el concepto de “instinto” que, como ya se ha visto anteriormente, obedece a una conducta motora que precede a una excitación determinada y que es de tipo refleja y hereditaria. La pulsión obedece a excitaciones de origen interno que el sujeto experimenta constantemente y podría ser considerado como el motor de la estructura psíquica. Ajuría Guerra señala:

“Freud define la pulsión como algo que no emana del mundo exterior sino del propio interior del organismo, lo que la opone a los reflejos ordinarios consecutivos a una excitación periférica”²⁸.

Pero ¿qué persigue la pulsión?. Esta suerte de representación neurológica de las necesidades físicas está asociada básicamente al deseo del sujeto, que es el móvil de su actividad psíquica. La pulsión es el impulso que vuelca al hombre a buscar satisfacer el reclamo interno de su estructura mental. Sigmund Freud se abocó a explorar esta fuerza físico psíquica durante el desarrollo de su disciplina: el psicoanálisis.

Sobre el desarrollo de su teoría de las pulsiones, Freud la inicia basándose en sus estudios sobre la sexualidad, en “Tres ensayos sobre

²⁸ Nach, I. Ajuría Guerra, Julián de. *El psicoanálisis hoy*. Luis Miracle, editor. Barcelona, 1959. Pág10.

una teoría sexual” estableciendo las pulsiones sexuales y las pulsiones de autoconservación que se concibe como residentes en el “Ello”. Sobre las pulsiones Freud diría:

“Son las fuerzas que suponemos actuando tras las tensiones causadas por las necesidades del ello”²⁹.

Es hasta 1914 que Freud mantiene esta primera teoría de las pulsiones en donde las pulsiones sexuales hacen referencia a los intereses de la especie, cuya energía es conocida como libido y permanecen dominadas por el principio de realidad. Luego opone a estas las pulsiones de autoconservación que representan el conjunto de necesidades ligadas a las funciones corporales indispensables para la conservación de la vida, y su energía es designada como interés.

La segunda teoría de las pulsiones surge cuando Freud repara en que las pulsiones de vida no lo explicaban todo.

“La primera teoría de Freud (de las pulsiones) fue elaborada a partir de su descubrimiento de los impulsos sexuales de la niñez. Miró a la libido en conflicto con la sociedad; después advirtió que este conflicto enfrenta la libido y los instintos yoicos que demandan de otros el amor, la aprobación y los medios físicos de supervivencia (...). En 1920 introdujo una nueva dicotomía entre (pulsiones) innatas opuestas”³⁰.

²⁹ Freud, Sigmund. *Esquema de Psicoanálisis*. Biblioteca del Autor. Alianza Editorial. Madrid, 1999. Pág117.

³⁰ Hinshelwood. R. D. *Diccionario del pensamiento kleiniano*. Amorrortu Editores. Buenos Aires, 1992. Pág420.

En 1915 rescata Freud un componente muy importante en la estructura psíquica del individuo: la agresión. Freud postula sobre esta que el odio es anterior al amor y que su origen radica en las pulsiones del Yo, en la medida en que éstas rechazan al mundo exterior al hacerlo coincidir con lo displacentero y odiado. Mas sus teorías sobre la agresión dieron un giro al descubrir un fenómeno importante que daría paso a la gestación de la que sería la definitiva en su teoría pulsional: la compulsión por la repetición. Sobre esto la psicoanalista Cecilia Sinay dice:

“Al principio, Freud enunció la agresión como formando parte de Eros (secundario a la frustración o como afán del objeto amado). Hubo dos hechos, uno clínico y otro teórico, que lo llevaron a cambiar ésta por su segunda teoría de la agresión (...). El hecho clínico es la compulsión por la repetición (...). El hecho teórico se corresponde con la apoyatura que la ciencia de su tiempo le brindaba”³¹.

Teniendo claro el concepto de pulsión podremos comprender qué es lo que quiso plantear Freud al exponer su teoría de la pulsión de muerte, la que forma parte de la segunda y definitiva teoría de las pulsiones.

³¹ Sinay Millonschik, Cecilia. “La pulsión de muerte”. Revista de Psicoanálisis. Asociación Psicoanalítica Argentina. Tomo LVIII, 1, 2001. Pág106.

1.3.1 La pulsión de muerte.

Antecedentes del concepto freudiano.

El concepto de pulsión de muerte, concebido por Sigmund Freud, se hubo de nutrir de alguna forma de investigaciones hechas antes de las suyas, desde el campo de la medicina y del propio psicoanálisis.

En el año 1907 el biólogo Élie Metchnikoff propuso en su “Essais optimistes” la prolongación de la vida del hombre como camino a su felicidad. No negaba que la muerte, tarde o temprano, acaecería de manera natural, pero consideraba que era tarea de la ciencia retrasar esa llegada lo más que se pudiera. Sobre la muerte natural, Metchnikoff señaló que existía un impulso instintivo hacia esta.

“Habría como una necesidad interior en el cuerpo, e íntima en el espíritu, de muerte. Habría en palabras concretas un instinto de muerte, comparable en todo a la necesidad del sueño y acompañado, como el de gratas y difusas sensaciones”³².

Y al atender esta necesidad, a saber de Metchnikoff, el hombre disiparía una de las causas del pesimismo que le impedía llevar una vida feliz.

Los estudios efectuados por los psicoanalistas sobre este tema registran como uno de los pioneros el trabajo de Alfred Adler, quien en 1908 introdujo el concepto de “pulsión agresiva”, cuyo fin era la destrucción del

³² García-Sabell, Domingo. *Paseo alrededor de la muerte*. Alianza Editorial. S.A. Madrid, 1999, 2000. Pág27.

objeto. Freud no quiso aceptar esta acotación de Adler por parecerle que se le atribuiría sólo a la “pulsión agresiva” lo que es característico de todas las pulsiones; el ser impulso del que no se puede huir, sin considerar que Adler planteaba que esta pulsión era manifiesta en todo tipo de conducta sea negativa como positiva y simbólica.

Ya en 1911, otro psicoanalista, Wilhelm Stekel publicó un trabajo titulado “El lenguaje de los sueños”, donde dedica siete capítulos a los símbolos de muerte en los sueños en donde estos se manifiestan como anhelo de muerte. Para esta obra Freud tuvo comentarios muy despectivos que relativizaban la labor de Stekel ya que Freud lo acusaba de incurrir en generalizaciones.

La referencia que considero más importante es la que haya podido tener Sigmund Freud de las investigaciones de la Doctora Sabina Spielrein, a quien conoció por medio de Carl Jung, ya que era mencionada en misivas que ambos intercambiaban sobre asuntos personales.

El trato de Freud con Spielrein se dio finalmente en circunstancias no muy gratas. Sobre ella Freud hace mención en su obra “Más allá del principio del placer” en un pie de página³³, donde resalta sus aportes sobre el estudio del masoquismo.

Sabina Speilrein publicó en 1912 en el *Jarbuch für psychoanalytische und psychopathologische Forschungen*: “La destrucción como causa del devenir”. En este señala que el instinto de conservación de la especie es

³³ Freud, Sigmund. *Más allá del principio del placer*. Obras Completas. Editorial Biblioteca Nueva. Madrid. Tomo VII, 1975. Pág2536.

un instinto hacia la reproducción y es, a su vez, una tendencia a la disolución y a la transformación del Yo.

También hace referencia que en los instintos sexuales se tiende a dejar de advertir la presencia de un instinto de muerte. Otra idea que desliza Spielrein es que todo lo que muere es una suerte de metáfora de algún suceso originario que se suele buscar en los hechos análogos del presente.

Es notablemente observable que en este trabajo Sabina Spielrein trazo los bocetos de la teoría de la pulsión de muerte de Sigmund Freud. Con respecto a esta observación Aldo Carotenuto, investigador de la obra de Spielrein, afirma:

“Pocos años antes de que Freud incorporara a su sistema, el concepto del instinto de muerte y le asignara un papel fundamental, Spielrein escribió y publicó en el *Yearbook for Psychoanalytic and Psychopathological Research* de 1912 (...) en el que presenta por primera vez dentro del marco del psicoanálisis sus ideas sobre el instinto de destrucción o de muerte, y su compleja e inextricable relación con el instinto sexual. Spielrein ya había presentado las ideas que conformaban la esencia de este trabajo a Freud y al grupo psicoanalítico de Viena”.³⁴

³⁴ Carotenuto, Aldo. *Una secreta simetría: Sabina Spielrein entre Freud y Jung*. Gedisa. Barcelona, 1984. Pág13.

Para Spielrein, el instinto de destrucción o de muerte es importante para el conocimiento del hombre. También señala que el instinto de conservación contiene dos componentes antagónicos; un instinto creativo y otro destructivo.

Esta idea de dualidad fue utilizada por Freud para su teoría de la pulsión de muerte, la que se desarrollara a continuación.

1.3.2 Concepto de pulsión de muerte.

En el tiempo en que Freud fue dándole forma al concepto de pulsión de muerte el mundo se encontraba sumido en la primera de las guerras mundiales del siglo XX.

El avance de la guerra mundial hizo que las situaciones generales y las cotidianas se vieran trastornadas. Las reflexiones de Freud, en aquel entonces, no pudieron evitar empaparse del ambiente de amargura y desesperanza que reinaba en el mundo; su postura fue escéptica y contraria a la violencia manifiesta por las fuerzas destructivas del hombre. Dice Erich Fromm:

“Una razón (...) fue probablemente el efecto que le produjo la primera guerra mundial. Como muchos otros de su época y su edad, él había compartido la visión optimista tan característica de la clase media europea, y súbitamente se veía frente a un furor de odio y destrucción que le hubiera sido difícil de imaginar antes del 1° de agosto de 1914”³⁵.

Pero también existió un suceso particular que al parecer marcó la motivación de Freud para terminar de darle cuerpo a su investigación; en enero de 1920 su hija Sophie murió tras padecer los azotes de la gripe española; aunque según algunos de sus biógrafos, Freud intentó desvincular el duelo por la muerte de su hija con el desarrollo de su trabajo.

³⁵ Fromm, Erich. *Grandeza y limitaciones del pensamiento de Freud*. Siglo veintiuno editores. México, 1979. Pág136.

En 1920, Sigmund Freud, en su obra “Más allá del principio del placer”, introduce el concepto de pulsión de muerte como resultado de investigaciones que apuntaban a que no todos los procesos psíquicos culminaban en la obtención de placer sino más bien en displacer, considerando que estos procesos son regulados de manera automática por el principio del placer, que busca la descarga de la tensión displacentera.

La observación de manifestaciones de agresividad, de sadismo y masoquismo, que eran considerados como prototipos de la relación de odio, que se daban por ejemplo en los neuróticos y los melancólicos no encajaban dentro de su concepción de las pulsiones sexuales. Era más bien una suerte de lucha por su conservación.

Pero el fenómeno que fue de mayor consideración para Freud fue la repetición compulsiva de sucesos ingratos de manera inconsciente.

El caso que ilustra esta observación es plasmado en “Más allá del principio del placer”. Se trata de un niño de un año y medio que se presentaba como un niño tranquilo al que su madre tenía que dejar solo por algunas horas.

Este pequeño mostraba una particular forma de quebrar su quietud y era arrojando sus juguetes, en especial un carretel que, al lanzarlo, solía exclamar “afuera” y cuando lo traía para sí decía: “aquí” y así lo hacía repetidas veces. De primera intención, Freud pensó que se trataba de una renuncia simbólica al instinto y a la satisfacción ya que en el juego la madre era evocada por el carretel que se marcha. Pero al final concluyó en que esta repetición compulsiva de un juego que representaba algo desagradable tenía algún nexo con algo que iba “más allá del principio del

placer”. Freud ve en ello el signo de lo “demoníaco”, de una fuerza irreprensible, por eso escribe en su obra de 1920:

“Aquellas manifestaciones de una obsesión de repetición que hemos hallado en las tempranas actividades de la vida anímica infantil y en los incidentes de la cura psicoanalítica muestran en alto grado un carácter instintivo, y cuando se halla en oposición al principio del placer, un carácter demoníaco”³⁶.

Esto que no encuadra en el principio del placer y que se opone a este es lo que Freud tilda de demoníaco. A partir de esta idea, Freud encuentra respuestas para lo planteado inicialmente; el masoquismo es un retorno al sadismo; es decir, la pulsión que tiende a volcarse contra el Yo y, de este modo, volver a una fase anterior del mismo: la pulsión de muerte. Al respecto André Green dice:

“Freud descubre el instinto de muerte como una pulsión biológica que empuja a retornar a lo inorgánico; el organismo reacciona a toda perturbación con la tentativa de recuperar el statu quo”³⁷.

La pulsión de muerte es aquella que tiende a reproducir un estado anterior. En este caso, lo orgánicamente vivo trata de reconstruir el estado de donde emergió, por medio de la reducción completa de las tensiones.

³⁶ Freud, Sigmund. *Más allá del principio del placer*. Obras Completas. Editorial Biblioteca Nueva. Madrid. Tomo VII, 1975. Pág2524.

³⁷ Green, André y otros. *La pulsión de muerte*. Amorrortu Editores. Buenos Aires, 1991. Pág35.

Este estado es conocido como el principio de Nirvana, expresión que Freud recoge de la psicoanalista inglesa Barbara Low, quien lo define como la supresión de la tensión de la excitación externa. Freud acuña esta terminología para hacer mención a la reducción de las excitaciones al nivel cero del aparato psíquico.

Esta fuerza hace que el ser vivo tenga una intencionalidad desligante dirigido a minimizar todo estado de tensión, disolver complejidades, de tal forma que recupere el estado de paz inicial propia del estado inorgánico del que partió³⁸.

De este modo el propósito de la pulsión de muerte es eliminar toda tensión energética y fuente de perturbación, cuya expresión mayor sería la muerte misma. Freud consideró que esta era una tendencia de todo organismo viviente:

“Tenemos que aceptar que todo lo viviente muere por fundamentos internos, volviendo a lo inorgánico, podemos decir: La meta de toda vida es la muerte y con igual fundamento: Lo inanimado era antes que lo animado”³⁹.

Es como Freud logra oponer la pulsión de muerte con la pulsión de vida y establecer una nueva y definitiva díada pulsional, mostrando claramente las influencias que tuvo de filósofos como Empédocles de Agrigento, de la que hizo mención en su obra “Análisis terminable e interminable”:

³⁸ *Ibíd.* Pág51.

³⁹ Freud, Sigmund. *Más allá del principio del placer*. Obras Completas. Editorial Biblioteca Nueva. Madrid. Tomo VII, 1975. Pág2536.

“La teoría de Empédocles que merece especialmente nuestro interés es una que se aproxima tanto a la teoría psicoanalítica de los instintos que nos encontraríamos tentados de mantener que las dos son idénticas si no fuera la diferencia de que la del filósofo griego es una fantasía cósmica mientras que la nuestra se contenta con reclamar con una validez biológica (...) Los dos principios fundamentales de Empédocles φιλία y νεῖχος son en cuanto al hombre y a la función los mismos que nuestros instintos primigenios, el Eros y la tendencia a la destrucción”⁴⁰.

Se pone al descubierto la manifestación de un componente muy importante de la estructura psíquica; la pulsión de muerte operante silenciosa que se expresa en fenómenos de destrucción y que actúa sigilosamente para lograr su cometido.

Este concepto fue evolucionando en el desarrollo de la obra de Freud, hasta llegar a establecer cómo la pulsión de muerte se hace presente, no solamente en el individuo, sino también en este como integrante de una cultura.

Las tendencias agresivas, como ya habíamos visto, eran constituyentes de la conducta innata de los animales y se podía percibir también en el hombre. La convivencia del hombre en la cultura hizo que esta tendencia fuera reprimida e internalizada bajo la forma de Súper Yo y dirigida hacia el interior; albergando entonces el hombre una tendencia a la autodestrucción. A esto se le conoce como pulsión de destrucción.

⁴⁰ Freud, Sigmund. *Análisis terminable e interminable*. Obras Completas. Editorial Biblioteca Nueva. Madrid. Tomo IX, 1975. Págs3359 y 3360.

Sin embargo, Freud indicó la existencia de tendencias agresivas dirigidas hacia el exterior:

“Más lejos nos llevó la idea de que una parte de la pulsión se dirigía al mundo exterior, y entonces salía a la luz como pulsión a agredir y destruir”⁴¹.

A esta tendencia se le denominó pulsión agresiva, propiamente dicha. La inclinación agresiva es una disposición natural del hombre por eso es misión de la cultura restringirla, ya que encuentra en ella un poderoso obstáculo pues la estructura de la cultura está cimentada en una forzada convivencia armónica.

Finalmente, Freud señala que estas tendencias poderosas de destrucción comparten el gobierno del hombre y la cultura junto con el eros, las que se encuentran en constante pugna.

Los últimos trabajos de Freud sobre la pulsión de muerte como propósitos desintegradores hicieron que esta tomase un nuevo sitio en la clínica, en el narcisismo y sus formas de hacer predominar lo tanático sobre lo libidinal, y en el proceso terapéutico, en las que se hace presente como las limitaciones curativas, es decir, en la resistencia del paciente hacia el análisis. También sostuvo que la profundidad de todo sentimiento de culpa surge del operar de la pulsión de muerte.

⁴¹ Freud, Sigmund. *El malestar en la cultura*. De Amorrortu Editores autorizado para A medio siglo del malestar de la cultura. Siglo veintiuno editores. México, 1983. Pág84.

El descubrimiento de la pulsión de muerte no sólo marcó un punto de viraje en la teoría psicoanalítica, al dar respuesta a las manifestaciones agresivas de la vida psíquica, sino también al presentar esta dinámica pulsional en donde se confrontan Thanatos con Eros: la fuerza de integración que brinda al ser vivo el suficiente empuje para hacer prevalecer la vida frente a la pulsión de muerte, la que ya hemos visto como se manifiesta en todo ser vivo, como una tendencia a volver a un estado primigenio, anterior a la vida, de donde provino, y que también se percibe en la agresividad y la destrucción. Las implicancias de este descubrimiento se hace aún más expansivas, trasciende el campo del psicoanálisis, llega hasta la biología, los fenómenos socioculturales y antropológicos.

A continuación se citará un ejemplo de la aplicación de esta teoría freudiana en el estudio de la biología y medicina.

“Señalaré no obstante el reciente descubrimiento del extraño fenómeno denominado apoptosis. Se describe bajo este nombre un proceso de autólisis: muerte programada de células que no resulta ni de un proceso patológico ni de la senescencia. Hay mucha distancia, sin duda, entre esta singularidad biológica y la idea de una pulsión cuya meta sería la destrucción de la vida a fin de restablecer el estado anterior de no-vida; pero finalmente, estamos ante un fenómeno en el que vemos obrar estructuras vivas que mueren espontáneamente sin que esto sea explicado por un proceso de agresión ni por el desgaste de la edad”⁴².

⁴² Green, André. “La muerte en la vida: algunos puntos de referencia para la pulsión de muerte”. Revista de Psicoanálisis. Asociación Psicoanalítica Argentina. Tomo LVII, 2, 2001. Pág303.

Este caso que fue recogido por Green en una crítica que realizó sobre el trabajo de Freud, tiene sus antecedentes en otro fenómeno biológico llamado necrosis.

La necrosis era conocida como la muerte celular que consistía en la alteración de la permeabilidad de la membrana que hacía que las células se hinchen y colapsen, de tal forma que permitían la liberación del contenido citoplasmático al espacio extracelular. Según el concepto clásico, este tipo de muerte estaba condicionado por factores exógenos.

La apoptosis es una muerte celular programada, que acontece por causas internas, pues las células poseen genes que codifican su propia muerte. Las investigaciones sobre este fenómeno se realizaron a partir de la observación del suicidio celular de los linfocitos T en los pacientes con VIH.

La importancia de este suceso radica en que este garantiza la eliminación de células que podrían atacar al propio individuo. Al no realizarse la apoptosis se podría provocar enfermedades autoinmunes. Las células destinadas a ser eliminadas no deben sobrevivir, ya que su proliferación lesiona al organismo. Es lo que conocemos como neoplasias o cáncer.

Freud había reparado en este hecho y lo describió desde una visión menos elaborada en su obra “Más allá del principio del placer”:

“Las células germinativas precisan para sí mismas su libido, o sea la actividad de sus instintos vitales, como provisión para su posterior magna actividad constructiva. Quizá se debe también considerar como narcisista, en el mismo sentido, a las células de las neoformaciones malignas que destruye el organismo”⁴³.

Esta alteración de las funciones celulares, como ya se ha señalado, podría ser considerada una causal del cáncer. Desde un punto de vista psicoanalítico se estaría hablando de una fijación narcisista embrionaria. También se sabe que el cáncer se produce por determinaciones genéticas (oncogenes) y por una suerte de herencia cultural o una susceptibilidad o predisposición para que este surja. El doctor Luis Chiozza médico y psicoanalista señala:

“No debería extrañarnos que una excitación incontrolada de carácter narcisista pueda utilizar la representación de un crecimiento tumoral para expresarse dado que, tal como se deduce de la frase de Freud, suponemos el proceso somático mismo, que corresponde a la representación “crecimiento tumoral” deba también quizá ser declarada (además de “incontrolada”) como narcisista en el mismo sentido que las células germinales”⁴⁴.

⁴³ Freud, Sigmund. *Más allá del principio del placer*. Obras Completas. Editorial Biblioteca Nueva. Madrid. Tomo VII, 1975. Pág2533.

⁴⁴ Chiozza, Luis. *Una concepción psicoanalítica del cáncer*. Alianza Editorial. Madrid/ Buenos Aires, 2001. Págs173 y 174.

Los fenómenos mencionados siguen siendo estudiados por las ciencias médicas, considerando el aporte de Freud. Por ello se ha logrado establecer que la apoptosis celular es aquello que impulsa a la muerte, no como algo accidental, sino como un hecho de estructura y sobre las formaciones de neoplasias queda abierta la posibilidad de ahondar en las razones que propone Freud como una predisposición al desarrollo del cáncer.

2. La teoría heideggeriana de la muerte.

Martin Heidegger, filósofo alemán, fue tildado muchas veces de existencialista, término que fue rechazado por él mismo, ya que su interés no radicaba únicamente en la existencia del hombre y la reflexión de tipo metafísica que se hacía sobre este. En 1927 publicó "Ser y Tiempo". En esta obra, Heidegger deja claro cual es el tema central de su filosofía: el ser. Hans Gadamer dice sobre el autor de "Carta sobre el humanismo":

"La pregunta que le estimulaba y que incluía todo el apremiante sentimiento con respecto a sí mismo, era la más antigua y la primera de la metafísica, la pregunta por el ser, la pregunta de cómo esta existencia humana finita, caduca y consciente de su muerte, podía entenderse en su ser a pesar de su temporalidad y concretamente como un ser que no sólo es privación y carencia, un mero peregrinaje fugaz del morador de la tierra a través de esta vida hacia la participación en la eternidad de lo divino, sino como un ser experimentando aquello que distingue su ser humano"⁴⁵.

La pregunta por el ser va más allá de los linderos de cualquier disciplina regional, por ello, desde la ontología, Heidegger desarrolla un estudio analítico del ser con categorías particulares.

A este ser del hombre lo denominó Dasein, que es aquel que tiene la capacidad de conocer y comprender su propio ser, es a quien "le va" su propio ser.

⁴⁵ Gadamer, Hans George. *Los caminos de Heidegger*. Herder. Barcelona, 2002. Pág23.

En “Ser y tiempo”; Heidegger realiza una analítica del Dasein el que existe en un mundo de cosas concretas, de entes y significaciones a las cuales se asimila.

En esta dinámica, en el modo del “poder ser”, es donde el Dasein se encuentra frente a una gran gama de posibilidades. El Dasein se encuentra en el mundo siempre como un ente que está proyectándose en sus propias posibilidades.

El Dasein tendrá que realizarse como un proyecto encaminado hacia la posibilidad más irrespectiva de todas: la muerte. Este es el tema que da cuenta de una parte fundamental de la investigación de Heidegger en “Ser y tiempo”. Dice Gianni Vattimo, sobre la reflexión Heideggeriana de la muerte:

“La muerte es la posibilidad más propia del Dasein: esto se puede ver atestiguado por el hecho de que todos mueren, es decir que esa posibilidad es coesencial al Dasein; pero la raíz del hecho empírico de que todos mueren es la circunstancia de que la muerte es la posibilidad más propia del Dasein en cuanto lo afecta en su mismo ser, en su esencia misma de proyecto, mientras que cualquier otra posibilidad se sitúa en el interior del proyecto mismo como su modo de determinarse”⁴⁶.

Heidegger nos presenta a la muerte como la radical posibilidad de la imposibilidad de existir, como lo constitutivo de la vida misma, aquello que lo define como finito. La muerte es la realidad que va junto al Dasein en el

⁴⁶ Vattimo, Gianni. *Introducción a Heidegger*. Gedisa. Barcelona, 1998. Pág48.

trayecto de su vida temporal y cuando se hace patente reduce a este al vacío.

La muerte, como singular posibilidad del ser es en cuanto el Dasein lo asuma por sí mismo⁴⁷.

Mas al enfrentarse al “no existir más” le es imposible al Dasein el aprehender cognoscitivamente la totalidad. Tampoco en el morir de los otros puede el Dasein experimentar el genuino sentido del morir; se puede esperar el “no existir más” del difunto, pero no conocer la muerte en carne propia. De lo anteriormente dicho, se comparte la idea de Laura Tortorella cuando afirma:

“Ahora la consecución por parte del “ser-ahí” de la totalidad mediante la muerte implica la pérdida del ser del “ahí”, es decir de la existencia. El “ser-ahí” está imposibilitado de expresar el pasaje al “no-ser-ahí-más”. Por este motivo, parece importante la muerte de los Otros que permitirán una visión “objetiva” del “ser-ahí”(…). Así la muerte aparece como el fin del ente en cuanto “ser-ahí” y el inicio de este ente como simple presencia. Pero esta interpretación es falaz, según Heidegger mismo, en cuanto el “difunto” continúa siendo objeto del “ocuparse en el sufrimiento y en el pensamiento de los que quedan”⁴⁸.

⁴⁷ Heidegger, Martín. *Ser y Tiempo*. Traducción de Jorge Eduardo Rivera. Editorial Universitaria. Santiago de Chile, 2002. Pág261.

⁴⁸ Tortorella, Laura. “Heidegger y el ser para la muerte”. *L’Ateneo Pontificio: Iglesia*, revista di cultura católica. Traducción de Martín F. Echevarría. Volumen VII, n° 1, 2003. Pág104.

La muerte de los otros es el único fenómeno claro que sirve de base para establecer una analogía propia con esta, que también acaecerá en el Dasein pero no para comprender totalmente la experiencia de la muerte.

Sobre la totalidad en general, Heidegger, señala que el finir no significa consumarse. El no-todavía, como muerte posible del Dasein, es presentado por dos ejemplos que serán contrastados con la realidad del Dasein.

Una es la luna en su fase de cuarto creciente que todavía no se ha completado y se considera así porque la plenitud se refiere, en este caso, cuando ha llegado a ser luna llena, sin embargo está terminada en cuanto es una luna en cuarto creciente y como tal no requiere de nada más. Con el Dasein no podría decirse lo mismo ya que como proyecto es devenir, se está construyendo. El Dasein es en cuanto se va edificando este mismo y el no-todavía es constitutivo de su ser.

El segundo ejemplo que es contrastado es el del fruto que va camino a la madurez. La inmadurez del fruto, que está en proceso de madurar, es un modo específico del ser del fruto, y la madurez se produce en el tiempo en que están realizadas todas sus posibilidades. En el Dasein el camino de su ser es el no-todavía y la muerte es una manera de ser del Dasein.

La muerte es la determinante de su acabamiento, la absoluta imposibilidad de otra forma de existir después de esta. Esta situación límite requiere de una interpretación que no se circunscriba necesariamente a los conocimientos cotidianos.

La forma adecuada de interpretar el fenómeno de la muerte según Heidegger es en la manera en que el Dasein dé relevancia al carácter de

posibilidad, es decir que el Dasein “esté vuelto hacia el fin”, de manera que pueda revelársele la imposibilidad de la existencia y se le pueda abrir a sí mismo su peculiar y absoluta posibilidad: la muerte. A este modo del ser del Dasein ante la posibilidad, Heidegger lo llamó “anticiparse-a- sí”, que es la forma de vivir la posibilidad en cuanto tal y cuando acabe con la existencia. Otto Pöggeler lo explica así:

“El precursar a la muerte ahonda la posibilidad, que es el estar, hasta su último extremo: allí donde esa posibilidad fuera de toda medida; a saber, hasta la imposibilidad de cada existente como poder-ser determinado”⁴⁹.

Este adelantarse o precursar a la muerte es lo que le permite al Dasein comprenderse desde su posibilidad más propia, su condición de arrojado, poseedor de una existencia temporal y con un final, y a su vez se expone a una constante amenaza, esta es percibida por medio de la angustia.

Esta angustia es la que constituye al hombre, ya que hace que este se encuentre frente a sí mismo como un ser inmerso en un mundo de objetos sin significación, todo se volatiza, su mundo se trastorna y se presenta inconsistente. La angustia es la disposición que nos coloca a la escucha de la recurrencia del ser para captar su sentido.

La angustia hace que el hombre pueda percibir su propia inseguridad, colocándolo en el borde oscuro del abismo del que provino, de la nada”⁵⁰.

⁴⁹ Pöggeler, Oto. *El camino del pensar de Martín Heidegger*. Alianza Editorial. Madrid, 1986. Pág64.

⁵⁰ Delp, Alfred. *Existencia Trágica: Notas sobre la filosofía de Martín Heidegger*. Editorial Razón y Fe. Madrid, 1942. Pág71.

El Dasein se encuentra ante el vacío y el sin sentido de la vida, su ser en el mundo se ve amenazado. Por medio de esta cercanía a la nada, producida por la angustia, es que se descubre entonces como un ser-para-la-muerte.

Esta angustia de la que habla Heidegger no es sinónimo de cobardía o miedo. Más bien en la angustia no hay un objeto específico que ocasione el temor. La angustia es la que le permite darse cuenta de que el Dasein es sentenciado a no poder ser más, que todo lo que le rodea desaparecerá.

Esta disposición afectiva es para Heidegger una privilegiada revelación de libertad del ser, abierta a la experiencia fáctica de la muerte.

2.1 Existencia autentica.

La gran revelación que se muestra al Dasein por medio de la angustia es la íntima relación de la contingencia de la propia existencia y de la muerte, como la más personal, individual e ineludible posibilidad de no poder existir más, pues ella coexiste con la vida.

Conociendo esta revelación, el Dasein tendrá que optar por el modo de hacerle frente a esta situación. Heidegger explica en su obra que, generalmente, el hombre huye de la angustia. Prefiere refugiarse en el mundo impersonal y tranquilizador de lo anónimo, del ser parte de la colectividad e integrarse a lo impuesto por “los demás”. Sobre esto, dice Russo Delgado:

“El uno ha decidido el comportamiento ante la muerte: Ya *el pensar en la muerte* es considerado públicamente como cobarde temor, incertidumbre del Dasein y sombría huida del mundo. El uno no deja sobrevenir el coraje hacia la angustia ante la muerte”⁵¹.

Esta es la forma de existencia inauténtica donde el Dasein se camufla en ese mundo de significados correlacionados, que conforma la cotidianidad, donde rige la opinión pública y donde fenómenos como la muerte se hacen tan impersonales, como los acontecimientos de los que se participa externamente sin interiorizar la posibilidad de la propia muerte.

⁵¹ Russo Delgado, José A. *El hombre y la pregunta por el ser*. UNMSM-Departamento de publicaciones. Lima, 1963. Pág150.

Se piensa de la muerte como algo que ocurrirá, como un mero acontecimiento, sin tomar en cuenta la verdadera relevancia de esta, ya que afecta a cada hombre.

En la existencia inauténtica este tema tiene algo semejante a la opinión epicúrea que ya se ha mencionado, la preocupación de la muerte pierde importancia en una sociedad donde el beneplácito de los sentidos es la obligación más pronta. Se debe disfrutar de la vida mientras la muerte quede muy lejos de los sentidos.

Heidegger no está en contra de disfrutar la vida, pero para estar en completa libertad de disfrutarla, considera el autor que primero hay que entender y asumir nuestra propia muerte, de este modo no estaremos aislados de nuestro ser y nuestra existencia será auténtica. La toma de conciencia del papel que juega la muerte en la vida de cada uno de los hombres les permitirá liberarse de la inautenticidad en la que son envueltos a diario por el mundo circundante. Acerca del rol que desempeña la muerte en la vida del hombre, Ferrater Mora dice:

“En los seres humanos la muerte es ya un acontecimiento básicamente significativo; no sólo pone fin a su existencia, sino que también en gran parte la constituye (...). En la medida por los menos en que los seres humanos “tienen en cuenta” la posibilidad, y hasta la certidumbre, de su muerte, esta llega a ser un factor decisivo en la constitución de su vida”⁵².

⁵² Ferrater Mora, José. *El Ser y la muerte: Bosquejo de filosofía integracionista*. Editorial Planeta. Barcelona, 1979. Pág37.

Si el existente acepta la posibilidad de la muerte sin darle un significado alterado, no encubriendo su esencia, su ser en el mundo alcanzará una forma auténtica; descubriendo a la muerte como constituyente de su ser y no como algo que viene de afuera para atacarlo.

En la existencia auténtica el Dasein conquista la libertad de ser él propiamente, viviendo de cara a la muerte y siendo libre para la muerte.

2.2 Conceptos de angustia heideggeriana y freudiana.

Como se ha podido ver, Heidegger considera a la angustia como la disposición afectiva fundamental del Dasein donde este estado de zozobra e inquietud permite la ruptura con la existencia inauténtica y lo arranca de la protección que ofrece esta por medio de la cotidianidad.

Heidegger es muy claro en indicar que la angustia no es equivalente al miedo, que es un estado de ánimo cualquiera que se experimenta hacia determinado ser mundano. La angustia se presenta como algo amenazador de la propia existencia, no tiene una razón específica y se manifiesta como si el mundo perdiese su sentido.

Por la angustia el Dasein acepta que lo que lo rodea es insignificante, su condición es finita y es invitado a rescatarse del estar perdido en lo superfluo del mundo cotidiano. Pero no es tan simple aceptar esta invitación, ya que debe aceptar que él ya no será más en el mundo con el que está familiarizado.

La vida auténtica que devela la angustia es aquella que hace al Dasein saber que su vida apunta a la nada y que es un ser para la muerte. Esta vida exige romper con la continuidad de la rutina en la que se ha sumido, por lo que tendrá que experimentar una afectividad especial, el miedo, que suele conducirlo hacia la huida de la angustia.

El quiebre de la continuidad que brinda la rutina en la que el hombre se sumerge, y en la que le es posible proyectar un futuro, dificulta que este se permita renunciar a seguir capturando experiencias de vida, y por el

contrario, deba admitir el cese de esta actitud de querer seguir expandiendo su existencia ⁵³.

Este comportamiento emotivo ante una situación que no es placentera, si bien es cierto corresponde a la huida del Dasein para optar por la existencia inauténtica, se manifiesta porque el hombre es un ser susceptible a atemorizarse al ver perder todo a lo que estuvo acostumbrado e identificado y lo que ha constituido el marco referencial de todo lo que conoce.

La alternativa de vivir la angustia es experimentar el desagrado y la incertidumbre al asumir esta pérdida y la de la vida propia, cuya aceptación, por supuesto, no se da de golpe, sino que el Dasein se propone enfrentar y reconocer, en este caso su ser para la muerte como componente estructural de su propio ser.

Para Freud, en cambio, la angustia es un indicador de displacer avivado por el principio del placer mediante el acrecentamiento de carga de excitabilidad, cuya función consiste en inhibir lo percibido como amenazador por el Yo. Así, señala:

“La angustia presenta algunos rasgos cuya investigación promete nuevos esclarecimientos. Tiene este afecto una innegable relación con la espera. Es angustia ante algo. Le es inherente un carácter de imprecisión y carencia de objetos”⁵⁴.

⁵³ Kelemah, Stanley. *Vivir la propia muerte*. Editorial Descleé de Brouwer. Bilbao, 1998. Pág85.

⁵⁴ Freud, Sigmund. *Inhibición, síntoma y angustia*. Obras Completas. Biblioteca Nueva. Madrid. Tomo I, 1948. Pág1250.

Freud consideraba, en su primera formulación sobre la angustia, que esta era una transformación de tensión sexual acumulada, que no conseguía ser descargada por la vía psíquica. Luego introduce la idea de represión como causa de angustia, aunque admitiría también la dificultad de explicar lo que transforma la necesidad de lo deseado en algo repugnado.

En su segunda formulación replantea la angustia como una reacción del yo frente a un peligro, esto lo plasmó en su obra de 1923 "El Yo y el Ello", y finalmente le agregó la idea de represión que hace que la angustia se presente como un estado que experimenta el hombre ante los deseos insatisfechos, al encontrarse divididos por fuerzas dialécticas, unas de carácter inconsciente y otras limitadas por los parámetros internalizados por el Súper Yo. Este concepto se encuentra en su obra de 1926 "Inhibición, síntoma y angustia"

La angustia es experimentada por el hombre desde los momentos tempranos de su vida. Freud considera situaciones que van desde la angustia ocasionada por el trauma de nacimiento, por la ausencia del objeto amado o por el temor a la pérdida y la separación fantaseada de la castración⁵⁵.

Esto lo experimenta el niño como temor del cumplimiento de una amenaza paterna en respuesta a sus actividades sexuales, lo que genera una gran angustia. Este temor está situado en la categoría de separación del objeto valorado narcisísticamente.

⁵⁵ Flores, María Luz. Fuentes, Marcela. "Introducción al tema angustia y pulsión de muerte". Revista de Psicoanálisis Asociación Psicoanalítica Argentina. Tomo 41, n° 5, 1984. Págs882

Estudios posteriores, basados en los de Freud, vinculan la pulsión de muerte con la angustia. Melanie Klein, por ejemplo, considera que los instintos destructivos provocan angustia en el niño en sus primeros meses de vida.

Freud señala que la angustia se podría manifestar en diferentes etapas de la vida de acuerdo al estado de peligro, sea real o aparente.

La angustia anida en el Yo, quien es el que reside en el mundo y frente al cual se halla regido por los principios de placer y realidad. El hombre es capaz de angustiarse porque existe y en su relación con la madre es tácita la expresión de desamparo radical de la naturaleza humana.

Como ya se ha mencionado anteriormente, la pulsión de muerte es un constituyente de la estructura psíquica del hombre. La represión de esta también será motivo de angustia en el hombre. Por ello el hombre evitará ponerse en contacto con esta, optará siempre por deslindar con todo lo que pueda ocasionarle dolor, como señala Néstor Braunstein:

“Así la pulsión de muerte se expresa ubicándose “más allá del principio del placer”, es decir más allá del disfrute de los bienes, de la evitación del displacer, es decir, más allá del disfrute de los bienes, de la evitación del displacer, del apaciguamiento (*Befriedigung*) de la necesidad. La pulsión de muerte arranca al viviente del cómodo dormir para colocarlo en el terreno de la angustia, defensa última ante el contacto con el objeto imposible”⁵⁶.

⁵⁶ Braunstein, Néstor. *A medio siglo del malestar en la cultura*. Siglo veintiuno editores. México, 1983. Pág224.

En el “Malestar en la cultura” Freud desarrolla esta idea en la que el hombre reprime su pulsión de muerte y de agresión para poder lograr una convivencia armónica en sociedad, pero esto le resultará perturbador y angustioso, pues en él existe y convive esta tendencia que la cultura reprocha y sanciona por medio de la ley. Por ello el hombre se somete a la cultura y sublima su pulsión de muerte a través de los medios que le brinde la propia cultura.

Ambos autores, Heidegger y Freud, desarrollaron el concepto de angustia desde sus respectivas áreas y se puede observar algunas concordancias.

De ambas investigaciones se desprende la idea de angustia como aquello que surge de la experiencia de algo amenazador para el yo, algo que no tiene un origen definido.

También ha de resaltarse que quien experimenta esta angustia la experimenta sin desvincularse completamente de los demás.

En el caso de Heidegger, la manera de evadir la angustia es sumirse en la opinión pública, de este modo este hundimiento impedirá al Dasein enfrentarse a aquella amenaza que lo dejaría perdido y sin apoyo⁵⁷. En el caso de Freud es reprimir los deseos que no van acorde con el Súper Yo, que es formado por el mundo en el que habita. La angustia es un componente inevitable del funcionamiento psíquico. Al enfrentar, reconocer y superarla, el hombre se hace fuerte en su estructura psíquica y se hace capaz de manejar situaciones que antes le impedían optimizar su vida.

⁵⁷ Pérez Valera, Victor. *El hombre y su muerte*. Editorial Jus. S.A. México, 1986. Pág66.

En el plano heideggeriano, la angustia constituye la mejor vía de acceso hacia la estructura íntima de la propia existencia. La angustia revela al Dasein su posible aniquilamiento, la pérdida de su referencia, que es su mundo y al afrontarla la vida toma un mayor sentido, pues este sale del anonimato en el que se sumerge cotidianamente y se reconoce a sí mismo como un ser auténtico, a quien le pertenece su muerte, afirmando así su propio ser.

En la actualidad la propuesta de experimentar angustia es un reto casi impensable para el hombre. Vivir una situación de desasosiego en el proceso de una psicoterapia, al dejar al descubierto situaciones dolorosas, no se presenta como una alternativa muy atractiva, y menos aún reflexionar en la necesidad de hacer propia la existencia, aceptando la finitud de la misma, que es inminente que moriremos y que este será el principio que ha de regir nuestra vida.

Habrá que discernir nuestras acciones de las comunes, que nos alejan de la realidad de nuestra muerte, y entender que todo lo que se acumula desesperadamente basándose en una idea inconsciente de inmortalidad⁵⁸, es una manifestación de una vida enajenada e inauténtica.

El desafío de atravesar la senda de la angustia está planteado para todos los hombres que quieran capturar su propio sentido del ser. La llamada es constante a través de los tiempos, y resuena con mucha más intensidad, pues el mundo globalizado hace esfuerzos inconmensurables para acallarla, la respuesta la tendremos sólo nosotros.

⁵⁸ "Por tanto, nuestro inconsciente no cree en la muerte propia, este se conduce como si fuera inmortal". Freud, Sigmund. *Our attitude towards death*. Hogarth. London. Volume XIV, 1957. Pág 296.

2.3 Puntos convergentes entre el concepto de pulsión de muerte de Freud y el concepto de muerte de Heidegger en “Ser y tiempo”

Aunque las investigaciones realizadas por ambos autores proceden de diferentes disciplinas, de ambas se ha podido obtener las siguientes convergencias:

- Para Freud la pulsión de muerte coexiste con las “pulsiones de vida”. Para Heidegger la muerte es constitutiva de la existencia, y es aquella que hace a esta limitada.
- Heidegger, al señalar que la muerte es constitutiva del Dasein, nos demuestra que la muerte está acuñada en el hombre y que cada día se va muriendo un poco. Freud considera que todo organismo muere por una pulsión interna y que una de las características de la pulsión de muerte es retornar al estado de no-ser.
- En el desarrollo de la teoría pulsional, Freud postula que la convivencia de la pulsión de muerte con la cultura es la de una relación conflictiva, por ello esta pulsión se ve reprimida y supeditada a lo que le ordena el Súper Yo. Es decir, el hombre se subordina a las normas de la sociedad en la que está inmerso y dirige sus pulsiones según lo que le indica la cultura.
- Heidegger presenta al Dasein sumido en el mundo de lo cotidiano, que es el que rige su actuar, en tanto que se deja llevar por las determinaciones del “uno”. De este modo está aislado, despersonalizado y alejado de la reflexión sobre su existencia.

- Con respecto a la angustia, Freud menciona que está presente desde la etapa más temprana de la vida. La angustia es aquella que hace manifiesto el displacer que tendrá que ser regulado por el principio del placer. También la represión de la pulsión de muerte genera angustia en el hombre. La angustia descrita por Freud es aquella que surge de una experiencia de algo amenazador y que no tiene un origen definido.

- La angustia para Heidegger es una disposición afectiva, caracterizada por un estado de desazón, de pérdida de orientación emocional, pues se pierde la familiaridad con el mundo que siempre lo había acogido y que ahora carece de sentido. Esta angustia coloca al Dasein frente a su posibilidad más personal e irrestricta: la propia muerte. Es decir, por la angustia el Dasein se experimenta como un ser para la muerte.

- Freud dice, con respecto a la reflexión del hombre sobre su muerte, que este guarda una idea inconsciente de inmortalidad. El hombre no asume que morirá.

- Por su parte Heidegger presenta al Dasein inauténtico como un existente que puede afirmar que “otros mueren” mas no considera su condición finita.

3. El niño y la muerte

Desde el inicio de este trabajo se ha señalado que, a lo largo de la formación de las civilizaciones, especialmente la occidental, la muerte fue ocupando el lugar de tabú desplazando incluso al sexo, que hasta un poco más de la mitad del siglo XX era abordado con restricciones.

La muerte es rechazada, en la sociedad occidental, por resultar molesta y traer consigo la sensación de que con su llegada todos los proyectos se verán desbaratados y la propia existencia será reducida a nada.

Este rechazo se debe a la idea de inmortalidad que alberga el inconsciente del hombre, y que le hace incapaz de aceptar que su existencia deba terminar. Sólo le es posible asociar la muerte con sucesos trágicos, de carácter destructivos, como un accidente violento o una enfermedad incurable⁵⁹.

La muerte es, para el hombre sumido en los avatares de la cotidianidad, un asunto casi impensable.

El camino óptimo para abordar el tema de la muerte con la mayor naturalidad posible es desligarla de esa imagen apocalíptica y terrorífica a la que nos ha condicionado la sociedad. La propuesta es llevar una vida auténtica que nos familiarice con la posibilidad más personal, que es la propia muerte.

⁵⁹ Kübler-Ross, Elisabeth. *La rueda de la vida*. Biblioteca de bolsillo. Barcelona, 2000. Pág56.

¿Pero qué ocurre cuando desde nuestro más temprano despertar al conocimiento se nos empuja a la incertidumbre y al ocultamiento de la certeza del morir? El conocimiento de la muerte no es exclusividad del adulto, puede adquirirlo también el niño y, sin embargo, son los padres los que muchas veces lo alejan de este hecho, presumiendo que los niños no están capacitados para comprender el significado de la muerte o simplemente asumen que no es bueno exponerlos a tal situación.

El niño puede formarse un concepto de lo que significa la muerte desde una etapa muy temprana. A continuación expondré como se elabora el concepto de muerte en el niño, tomando como modelo el desarrollo cognoscitivo de Jean Piaget.

Piaget consideró que el desarrollo de las estructuras cognitivas del niño estaba relacionado con el desarrollo de la socialización y de la afectividad, y que estas se presentaban en cuatro periodos: el sensoriomotriz, el período preoperatorio, el período de las operaciones concretas y el período de las operaciones formales.

ETAPAS DEL DESARROLLO MENTAL SEGÚN PIAGET⁶⁰

Etapa	Edad	Ejemplo de Comportamiento
Sensoriomotriz	Del nacimiento a los 2 años.	Los bebés conocen el mundo a través de la mirada, el tacto, la boca y otros movimientos.
Preoperatoria	De los 2 a los 7 años	Los niños pequeños construyen conceptos y poseen símbolos, como el lenguaje, para comunicarse. Estas imágenes se limitan a su experiencia personal inmediata (egocéntrica). Sus nociones de causa y efecto son muy limitadas, a veces "mágicas", y tienen problemas para clasificar objetos y eventos.
Operaciones concretas	De 7 a los 11 años	Los niños empiezan a pensar con lógica, a clasificar en varias dimensiones y a comprender conceptos matemáticos siempre que puedan aplicar estas operaciones a objetos o eventos concretos.
Operaciones formales	De los 11 a los 15 años	Los individuos pueden aplicar soluciones lógicas tanto a conceptos concretos como abstractos. Pueden pensar sistemáticamente todas las posibilidades, proyectarse hacia el futuro o recordar el pasado, y razonar mediante analogías y metáforas.

⁶⁰ Morris, Charles. *Psicología un nuevo enfoque*. Prentice-Hall. México, 1992. Pág371.

El infante hasta los 2 años.

Si bien es cierto en esta etapa no existe una comprensión cognitiva de la muerte, el infante experimenta situaciones que quedarán arraigadas en él y que con el paso del tiempo sufrirán mutaciones, pero estarán siempre relacionadas a estas. Elisabeth Kübler-Ross, señala:

“Los niños pequeños tienen dos miedos innatos (miedo a los ruidos repentinos e intensos y a caer de lugares elevados), pero no temen a la muerte. A medida que crecen sienten naturalmente el temor a la separación, pues para ellos es esencial que no los abandonen y que alguien los cuide con cariño”⁶¹.

El infante es capaz de percibir la ausencia de su madre o padre, manifestando angustia por medio del llanto. También es susceptible a cualquier cambio en su rutina y a estímulos dolorosos. La separación de la madre es el paradigma del concepto de muerte que se formará más adelante.

El germen de este concepto es la idea de estar alejado, desprendido del objeto de afecto, y se da por identificación inconsciente con la separación inicial del nacimiento⁶².

El infante recibe esta idea de separación como el mayor ataque a su afectividad, pues siente el vacío que ocasiona la ausencia de la madre,

⁶¹ Kübler-Ross, Elisabeth. *Los niños y la muerte*. Luciérnaga Océano. Barcelona, 1999. Pág84.

⁶² Evelson, Elena. Grinberg, Rebeca. “El niño frente a la muerte”. Revista de Psicoanálisis Asociación Psicoanalítica Argentina. Tomo 19, n°.4, 1962. Pág344.

quien es la que le prodiga el cuidado y protección constante; experimenta el peligro y el temor al abandono.

El niño entre los 2 y los 7 años.

Al inicio de esta etapa, la muerte es asociada con ausencia, desaparición y reaparición. Es la etapa del pensamiento egocéntrico y mágico en donde el niño ve la muerte unida a una posición concreta. El niño encuentra una vía para simbolizar sus descubrimientos por medio del juego, y el temor a la muerte suele ser expresado por medio de este, pues el simbolismo lúdico no es sólo una forma de concretar una evocación, es la manera por la que el niño expresa lo que hay en su interior⁶³.

La idea de muerte es la de un suceso temporal, no la perciben como algo permanente y definitivo. Consideran, más bien, que es una forma de cambio, que es reversible. Dice al respecto, Elisabeth Kübler-Ross:

“A la edad de tres o cuatro años, además de temer la separación, los niños empiezan a temer una mutilación. Es cuando empiezan a ver la muerte a su alrededor (...). Después de experimentar ese miedo a la separación y la mutilación, los niños empiezan a hablar de la muerte como algo temporal”⁶⁴.

⁶³ Aberasturi, Arminda. “La percepción de la muerte en los niños”. Revista de Psicoanálisis Asociación Psicoanalítica Argentina. Tomo 30, n°. 3 y 4, 1973. Pág689.

⁶⁴ Kübler-Ross, Elisabeth. *Los niños y la muerte*. Luciérnaga Océano. Barcelona, 1999. Págs186 y 187.

Algunas investigaciones importantes sobre el actuar del niño en relación con el concepto de muerte arrojan resultados interesantes, como por ejemplo las de Sylvia Anthony, quien es una de las pioneras en el tema.

En su obra de 1940 "The child discovery of death" Anthony, desde una perspectiva psicoanalítica, menciona que el niño se involucra con la muerte al indagar en insectos que él mismo suele matar, de alguna forma busca asegurarse así mismo de su superioridad ante estos seres. Sin embargo también los entierra, dándoles una suerte de ceremonia fúnebre. Esto, para la autora, es resultado del freno que el niño impone a sus impulsos agresivos, al mismo tiempo que se identifica proyectivamente con sus víctimas.⁶⁵

El niño entre los 7 y los 11 años.

En esta etapa el concepto de muerte va evolucionando, la comprensión de la muerte se da de una manera más realista ya que el desarrollo de las destrezas cognitivas, físicas y emocionales permiten que el concepto de muerte vaya orientándose hacia razones más abstractas como "crecer", "enfermarse" "deteriorarse".

En la primera parte de esta etapa, el niño suele relacionar la muerte como el resultado de un castigo, a la idea de que otro pueda quitar la vida, y a la culpabilidad. Más tarde aparecerá el concepto de irreversibilidad.

Las representaciones que suelen hacerse de la muerte en esta etapa son las que derivan del imaginario popular o influencias religiosas, como

⁶⁵ Evelson, Elena. Grinberg, Rebeca. "El niño frente a la muerte". Revista de Psicoanálisis Asociación Psicoanalítica Argentina. Tomo 19, n°. 4, 1962. Pág346.

un esqueleto o un ángel, por ejemplo⁶⁶. Esto es porque el niño se resiste a admitir que la muerte es irreversible y que los cuerpos se degradaran.

Aún asumiendo que la muerte es algo definitivo, no es aceptado como un hecho de carácter universal, es decir, no concibe completamente que él también vaya a morir. Aquí surge la ansiedad y temor frente al concepto de muerte como algo inexorable.

También cabe resaltar que en esta etapa el niño se esfuerza por comprender los modelos que le establece la cultura, como por ejemplo los funerales y los sepelios, acontecimientos sociales que constituirán una base importante para la formulación más precisa de su concepto de muerte⁶⁷

El niño entre los 11 y los 15 años.

En la adolescencia se manifiesta la búsqueda de autonomía y de propia identidad, sentirse reconocido por el grupo y conseguir seguridad sobre sí mismo. Por estas razones el adolescente es un ser muy vulnerable y con tendencias a la autodestrucción.

“Más o menos en el período comprendido entre los 10 y los 15 años, el niño capta el significado de mortalidad. Su reacción ante la muerte se halla entonces fluida por las

⁶⁶ Lewis, Melvin. *Desarrollo psicológico del niño* (conceptos evolutivos y clínicos) Interamericana. México D. F, 1986. Pág314.

⁶⁷ MAMUKA, Consultores. *Padres de Hoy*. Editora El Comercio. S.A. Lima, 2001. Pág247.

luchas o conflictos emocionales más que por su nivel intelectual”⁶⁸.

El concepto de muerte en esta etapa del desarrollo es más concreto y específico; es decir la muerte como un suceso universal, irreversible y permanente, la idea de muerte puede presentársele al adolescente como un medio por el cual dé término al dolor emocional que pueda embargarle, siempre que este no tenga un buen concepto de sí mismo y el suficiente soporte afectivo de parte de la familia⁶⁹.

Hasta aquí se ha podido apreciar cómo es que el niño desarrolla su concepto de muerte. Un caso especial de la elaboración de este concepto en la infancia la merecen los niños afectados por enfermedades crónicas.

En estos niños se desarrolla progresivamente la conciencia de la ineluctable muerte personal. En ellos se desarrollan defensas algo distintas a los niños sanos, pues es más tangible la convivencia de un niño enfermo con la muerte⁷⁰.

No se pretende abordar el tema, pero se cree conveniente adjuntar este cuadro que describe sintéticamente como se forma el concepto de muerte en un niño antes y durante la enfermedad crónica.

⁶⁸ Lewis, Melvin. *Desarrollo psicológico del niño (conceptos evolutivos y clínicos)* Interamericana. México, 1986. Pág314.

⁶⁹ MAMUKA, Consultores. *Padres de Hoy*. Editora El Comercio. S.A. Lima, 2001. Pág311.

⁷⁰ Aberasturi, Arminda. “La percepción de la muerte en los niños”. *Revista de Psicoanálisis Asociación Psicoanalítica Argentina*. Tomo 30, n°. 3 y 4, 1973 Pág699y700.

MUERTE Y NIÑEZ⁷¹

ANTES		REPENTINA	DURANTE	AGUDA	CRONICA
Niño 0-5	Idea Sobre la muerte	Muerte y ansiedad propias de la etapa		Evitación del dolor Necesidad de amor	Ansiedad ante la separación y aislamiento
	Abandono y castigo	Miedo de perder amor			
5-10	Conceptos de Inevitabilidad Confusión	Ansiedad ante la castración		Sentimientos (negativos) de culpabilidad Regresión Negación	Sentimiento (<u>religioso</u>) de culpabilidad Regresión Negación
10-15	Realidad	Control del cuerpo y otros procesos del desarrollo		Represión Desesperación ante el futuro	Depresión Desesperación Ansiedad, ira

⁷¹ Lewis, Melvin. *Desarrollo psicológico del niño* (conceptos evolutivos y clínicos) Interamericana. México D. F, 1986. Pág312.

Es necesario entender que la vida del hombre es una concatenación de situaciones placenteras y displacenteras. Las separaciones, las despedidas y el dar término a cualquier etapa forman parte de esta gama de experiencias que son desagradables para este.

La primera noción que se posee de separación es la que se experimenta cuando, al nacer, se es aislado del ambiente de amparo que brinda el vientre materno, más tarde la ausencia de la presencia de la madre hará que se formen los sentimientos de angustia y abandono⁷².

Conforme el neonato va creciendo y va convirtiéndose en niño, uno de los temas que suele atraer su atención es el que respecta a la muerte, sin embargo los padres subestiman la capacidad de entendimiento de sus hijos.

Los padres, en el mejor de los casos, por llamarlo de algún modo, intentan calmarlos con información poco clara, que lleva la carga de angustia propia de un adulto, historias contradictorias sobre la estadía incierta de quien murió.

Y en el peor de los casos mantienen completamente al margen al niño de todo contacto con la muerte, bajo la idea de protegerlo de “impresiones fuertes”, negándole cualquier tipo de información, sin buscar la manera adecuada de paliar el miedo, dolor y angustia que el niño pueda estar experimentando.

⁷² Evelson, Elena. Grinberg, Rebeca. “El niño frente a la muerte”. Revista de Psicoanálisis Asociación Psicoanalítica Argentina. Tomo 19, n°. 4, 1962. Pág345.

El niño, en el proceso de elaboración del concepto de muerte combinará su realidad interna con la realidad que va aprehendiendo y asimilando con el paso del tiempo; que la muerte es irreversible. Al combinar esta realidad con sus ideas subjetivas, este hace más manejable la angustia que le produce tratar de comprender la muerte.

La negación se manifiesta cuando el niño cree que la muerte no es asunto que le competa directamente, es decir que es invulnerable al morir.

Finalmente, llega el momento en que el niño es capaz de comprender el carácter de inminencia e irreversibilidad que guarda la muerte.

El proceso de duelo en un niño que ha perdido un ser querido es de suma consideración, no sólo porque se enfrenta al puro concepto de muerte, sino también porque mediante este proceso el niño llega a aceptar la experiencia de pérdida y vacío.

En consecuencia, es de suma importancia guardar una prudente sinceridad con el niño, la que permita que este vaya asimilando la ausencia definitiva. Cualquier obstáculo en este proceso podría desencadenar , en el niño, algún trastorno⁷³.

⁷³ Aberasturi, Arminda. "La percepción de la muerte en los niños". Revista de Psicoanálisis Asociación Psicoanalítica Argentina. Tomo 30, n°. 3 y 4, 1973. Pág697.

Por ello es importante que los padres estén capacitados para afrontar esta situación para que el niño pueda incorporar esta experiencia a su concepto de muerte y pueda llegar a recibirla como un hecho inevitable por el que debe de pasar todo organismo vivo.

De este modo, el proyecto de hombre, que es el niño develará a la muerte del manto de ficciones y terrores con el que ha estado envuelto y la recibirá como algo natural, que lo constituye como ser vivo.

3.1 Uno frente a la muerte del otro.

Vivir en una cultura donde rige el dinamismo, el desarrollo, la sobrevaloración de la vida, condena a la marginación de sus proyectos a todo lo que no encaje en los parámetros de aquello que no se asocie al detenimiento de la vejez, al actuar de los alquimistas actuales que se dedican a la clonación, criónica, al manejo tecnológico de la agonía o al culto a la estética, etc.

Todo lo que no se relacione con el vivir suele repugnarle a una sociedad vitalista, por ello la muerte al no ser aceptada es hecha de lado, y de la misma forma, todo aquello que pueda estar vinculada a ella.

Es innegable que la muerte no es sólo el proceso biológico de degradación de un organismo, sino también es el final de un ser que ha formado parte de una sociedad, razón por la cual, compete, a esta sociedad, encarar la muerte de quienes la integraron⁷⁴.

Sin embargo el tratamiento que da el hombre que forma parte de una sociedad de aspiraciones casi olímpicas es opuesto al deber de encarar la muerte de sus miembros. Los funerales son encargados a empresas especializadas, se llevan a cabo de una manera muy rauda de tal forma que no hay tiempo para soportar óptimamente el dolor. Por tanto, el proceso de duelo corre el riesgo de no ser bien elaborado.

⁷⁴ Arregui, Jorge, Choza, Jacinto. *Filosofía del hombre: Una antropología de la intimidad*. Ediciones Rialp, S.A. Madrid, 2002. Pág484.

La estructura simbólica de rituales como los fúnebres, permiten que los individuos que participan de la muerte de un allegado se identifiquen como integrantes de una cultura. Pero en los últimos tiempos se ha comprobado lo dificultoso que le resulta al hombre contemporáneo estar en una posición frontal a la muerte del otro. Los medios de comunicación suelen bombardearle con información de guerras devastadoras, de víctimas inocentes que perecen de manera violenta a manos de pseudo paladines de la justicia, de gente que muere a consecuencia de hambrunas; sin embargo, el hombre aparenta una suerte de indiferencia o acostumbramiento a noticias como esta.

Cuando se propaló la noticia de la epidemia del VIH hace más de 20 años, el hombre tuvo conocimiento de lo que habría de hacer para evitar el contagio y la propagación de este mal, aún así la tasa de mortalidad se ha incrementado.

En la actualidad existe la amenaza de una pandemia humana del virus H5N1, que vuelve a replantear a la humanidad la posibilidad de enfrentar un desafío muy grande. La idea inconsciente de inmortalidad parece gobernar al hombre que imagina que estos peligros no lo alcanzaran y aún así, siempre será posible para él la muerte del otro.

Precisamente, cuando el hombre se identifica con el “otro” que muere puede verse reflejado en su final inexorable, pero como ya es sabido, este es un tema que genera disgusto en él.

Theodor Reik, siguiendo el pensamiento del Freud de “El malestar en la cultura”, señala que el hombre está buscando siempre el camino hacia el bienestar, de tal modo que evitará la reflexión sobre temas desagradables, pues el hombre esta orientado en este caso por el principio que rechaza el displacer:

“Los grandes caminos de la lucha por la felicidad o de la defensa contra el sufrimiento son presentados con sus particularidades psicológicas. Tres son estos remedios para mitigar el padecer: distracciones que nos hagan menospreciar nuestra miseria, satisfacciones sustitutivas que lo aminoren, drogas que nos hagan insensibles a él (...)”⁷⁵

Y análogamente a lo que Heidegger llamaría “la dictadura del uno”, el hombre busca aliarse a la masa enajenante, sumergirse en la ambigüedad alienante que le brinde los medios para no darse por enterado de la muerte de los demás, o tomarlo a duras penas, muy a la ligera, pues estas le recuerdan su calidad de ser finito.

Otra de las muestras del rechazo que le ocasiona al hombre la muerte del otro la encontramos en el trato a los moribundos, desconociendo, muchas veces, la experiencia enriquecedora que nos pueden legar.

⁷⁵ Braunstein, Néstor. *A medio siglo del malestar en la cultura*. Siglo veintiuno editores. México, 1983. Pág124.

3.2 Aprendiendo de la experiencia de los moribundos.

A no ser por causas accidentales, las personas en la actualidad no mueren de manera brusca o repentina. Debido a los cambios socioculturales, la gente suele morir en las salas de terapia intensiva de algún hospital, rodeada de personal y tecnología de la salud. Las principales causas de muerte son las de tipo degenerativa, tumoral, cardio y cerebro vasculares, que, por lo general enfrentan personas de edad avanzada.

La idea de enfermedad terminal está inevitablemente unida a la cercanía de la muerte. Esto hace que el enfermo terminal sea expulsado del horizonte de lo cotidiano, desterrándolo al ámbito hospitalario, como un signo de la tanatofobia de la sociedad contemporánea.

Sin embargo, el paciente moribundo es merecedor de un lugar muy relevante que afianza sus raíces en la concepción de la vida del hombre. Heidegger dijo que la muerte es una experiencia personal y que nadie podía arrebatársela a otro su morir, pero también dijo:

“En el morir de los otros se puede experimentar ese extraño fenómeno de ser que cabe definir como la conversión de un ente desde el modo de ser del Dasein (o de la vida) al modo del no existir-más”⁷⁶.

Es por ello que el trato con pacientes moribundos no sólo nos revela el proceso del ir hacia la muerte, ya que el diagnóstico clínico ha decretado el pronóstico de una vida de tiempo limitado, y, por tanto, su trayecto es más patente.

⁷⁶ Heidegger, Martín. *Ser y Tiempo*. Traducción de Jorge Eduardo Rivera. Editorial Universitaria. Santiago de Chile, 2002. Pág259.

Es también comprender el temor que se experimenta al ver más nítidamente como la vida se va extinguiendo. De este modo será más real la preparación para afrontar nuestra propia muerte.

En el proceso de conocimiento del diagnóstico el paciente intenta asimilar la imposibilidad de superar la enfermedad y, en este proceso, se manifiesta una crisis de toma de conciencia que va acompañada de una sensación de angustia.

Ese momento es el que es descrito por Heidegger cuando el Dasein se encuentra ante su condición de arrojado y descubre la sentencia de su inminente desaparición del mundo, cuando es revelada la nada, la oscuridad de la que brotó. Entonces se hace manifiesto un cúmulo de inseguridades y una sola certeza: la muerte.

El sufrimiento que se desencadena ante este hecho es de pronto el que remarca las líneas que forman el mapa humano. El trance de quien se enfrentará a la muerte en un corto plazo ha sido estudiado desde muchas perspectivas.

Elisabeth Kübler-Ross, psiquiatra sueca, ha realizado una importante investigación con pacientes terminales, que no sólo se remite a la medicina, más bien lleva un fondo antropológico, de conocimiento humano sobre la intimidad del desahuciado, analizando sus sentimientos y preocupaciones. En este trabajo, Elisabeth Kübler-Ross deja la pauta de las fases evolutivas por las que atraviesan este tipo de pacientes.

Estas son: negación, enojo, negociación, depresión y finalmente la aceptación⁷⁷. Las fases se inician cuando el paciente tiene conocimiento de que va a morir pronto y que ocurrirá de manera inevitable. De primera instancia el paciente se puede encontrar desubicado y ansioso por no haber internalizado de manera adecuada la noticia. Sobre esta actitud, Alcira Alizade afirma:

“En una primera etapa, cuando la esperanza de recuperar la salud no ha sido abandonada y el principio de placer rige por momentos la lectura de los síntomas, se observa los mecanismos de negación (diagnostico equivocado), renegación (...); proyección, idealización (cura mágica)”⁷⁸.

El paciente experimenta el temor a la aniquilación de su ser y de sus proyectos, se podría decir que existe un miedo provocado por la pulsión de muerte, el de un ataque interno de objetos que resultan amenazantes para el yo⁷⁹.

Entonces, el paciente para evitar la gran tensión que le ocasiona la noticia de su muerte, aparta de su conciencia la idea de esta insoportable situación. Puede tratar de convencerse de que el diagnóstico que le dieron estuvo errado, o que la posibilidad de su pronta muerte sea imposible.

⁷⁷ Morris, Charles. “Elisabeth Kübler-Ross y la forma occidental de morir” en: Psicología un nuevo enfoque. Prentice-Hall. México, 1992. Pág423.

⁷⁸ Alizade, Alcira Mariam. “Trabajando con pacientes a la hora de morir”. Revista de Psicoanálisis Asociación Psicoanalítica Argentina. Tomo 49, n°. 5 y 6, 1992. Pág936.

⁷⁹ Green, André y otros. *La pulsión de muerte*. Amorrortu Editores. Buenos Aires, 1991. Pág125.

Cuando la negación le resulta insostenible, el paciente reacciona con ira ante la realidad que lo separa del mundo que avanza, de la vida que va perdiendo aceleradamente y el deterioro que va sufriendo su cuerpo. El enojo se presenta de manera irracional y casi imposible de comunicar.

Frente a la intensa ansiedad que siente por lo venidero, el paciente intenta mantener una pequeña esperanza, al ofrecer su vida para algo bueno, con tal de que le sea concedido el dejar de padecer ese trance; pero esta fase finaliza cuando se da cuenta de que la enfermedad perdura y progresa⁸⁰

Los sentimientos depresivos son resultado de las reflexiones que surgen a partir de ir concibiendo la propia muerte. Ideas como no haber realizado algunos planes o que la vida que se llevó no haya sido íntegramente aprovechada. El temor a imaginar el proceso de su agonía como una experiencia dolorosa, y el natural temor a lo desconocido hacen que el paciente se suma en un gran dolor y padecimiento. La depresión puede tomar diferentes matices clínicos⁸¹

Finalmente, al superar óptimamente las fases anteriores, se manifiesta la aceptación de la proximidad de la inexorable muerte de la mejor manera: con una relativa tranquilidad, en el mejor de los casos con serenidad, sin el terror con el que se le conoció durante la vida. Pero llegar a este momento de pende mucho del trato de quienes lo rodean⁸²

⁸⁰ Castañeda, Jaime F. Inove Hideharu. *Ser humano: Antropología Filosófica en el encuentro Oriente-Occidente*. Ediciones Sígueme. Salamanca, 1984. Pág241.

⁸¹ *Ibíd.*

⁸² Kübler-Ross, Elisabeth. *Sobre la muerte y los moribundos*. De bolsillo, Barcelona, 2005. Pág148.

La escucha y la preocupación, el soporte emocional y la comprensión son cruciales en la asistencia al paciente, ya que acompañarlo en este trance no se trata de un mero esfuerzo técnico, sino de una experiencia que retroalimenta al paciente como al acompañante.

Al compartir este proceso con el paciente terminal, a la vez que se ayuda a afrontarlo con realismo, se le restituye el verdadero sentido de su muerte, se revalora su humanidad y se le permite dejar la vida con las cuentas saldadas y en armonía consigo mismo.

Para el acompañante, llámese personal sanitario, familia, etc, es toda una lección de vida y lucha valerosa por encontrar el sentido de la muerte en el momento más crítico de todos; pero sobre todo el permitir la reflexión sobre la responsabilidad personal de darle contundencia a la existencia, llevando una vida con sentido.

Al entender que la muerte es pertenencia absoluta y personal del hombre, esta debe darse de manera digna, respetando al ser humano que ha de atravesar el momento de mayor significado de su existencia. La muerte está dentro de cada uno de nosotros, ella no llega de afuera, ella nos constituye y está dentro de cada uno desde el momento de nuestro nacimiento. Siguiendo a Freud podemos afirmar que la muerte es producto de una pulsión interna (la pulsión de muerte), cuyo trabajo es silencioso; por lo tanto, no es necesario recibir un ataque externo para morir.

Tomar la muerte para sí mismo es un proceso muy íntimo, desde el momento de su descubrimiento hasta el proceso de su aceptación. Es derecho de todo hombre tener una muerte digna, luego de haber sido asistido por los medios que produce la ciencia. La muerte es la suprema

acción del hombre, la que debe ser liberada del ocultamiento al que la ha confinado la sociedad actual⁸³.

Como se dijo con anterioridad, la muerte es, a su vez, un hecho que involucra a miembros de una misma sociedad, la familia, las amistades.

Los seres que lo rodean deben acompañar al moribundo a través de un contacto humano, sincero y sin aspavientos, velando a su vez por que este tenga una muerte digna, respetando sus creencias y, acorde a estas, apoyar el proceso de agonía.

La medicina cumple su función para con el moribundo, brindando los cuidados paliativos y estabilizando al paciente para que su agonía sea lo menos dolorosa posible. Esto no significa prolongar la vida por medios tecnológicos caprichosos y desproporcionados.

La lección que nos lega un paciente moribundo es la de un ser que se enfrenta a una realidad ineludible a todos, la muerte. En el despliegue valeroso de toda su humanidad, se abre camino la aceptación a ella y se prepara para asumirla. Este proceso nos muestra al hombre despojado de enajenaciones cotidianas, que ha de cruzar con precisión la senda del fin de la vida. Es la manera más evidente de ver a un hombre ir hacia la muerte.

⁸³ Instituto de Teología Pastoral "Fray Martín" de la Diócesis de Chosica. *Curso de Teología a distancia: Bioética y moral familiar*. Siklos. Lima, 2001. Pág164.

3.3 Educar para la vida: Educar sobre la muerte.

“Si quieres soportar la vida, prepárate para la muerte”⁸⁴.

Si se tomase en serio esta exhortación freudiana podría cultivarse una vida más óptima, potenciando cada momento de ella y orientándola responsablemente hacia la búsqueda de un sentido, tomando conciencia de su finitud.

El gran problema del hombre es que vive como si no supiera que morirá.

Planifica su vida y sus empresas, planifica guerras e invasiones, arrasando con la vida de los demás, porque todos morirán menos él.

Planifica construir nuevas ciudades sobre las tierras que proyecta dominar.

Planifica domar las zonas inhóspitas de la naturaleza a la par que día a día va destruyendo su propio mundo; planifica como si fuera a vivir eternamente para seguir planificando.

Por eso ha creado un enemigo en la muerte, la aniquiladora, la castrante y frustradora, la devastadora de sus planes. Ve en ella una amenaza que vendrá por él y pondrá el freno a su inmortalidad imaginada.

La muerte ha sido distorsionada de tal forma en la existencia humana que es vista como un mal o una catástrofe; ha sido arrancada de las entrañas de la propia existencia, lugar que le ha correspondido desde que venimos a la vida.

⁸⁴ Freud, Sigmund. *Our attitude towards death*. Hogarth. London. Volume XIV, 1957. Pág300.

La verdadera educación humana parte de reconocer lo que le constituye como tal. No es tan sólo aprender que nos corresponde un cuerpo, sus respectivos órganos y capacidades, como la cognoscitiva o la creadora; es reconocer que empezamos a vivir un día (el día de nuestro natalicio) y que inexorablemente moriremos.

La educación acerca de la muerte se inicia cuando se enseña a detectar las pérdidas y los cambios, y luego se aprende a asumirlos.

Ya se ha señalado cómo es que el niño va desarrollando la noción de muerte. Si se le brindase una información clara y gradual, de acuerdo a sus etapas del desarrollo, no sólo cognitivo, sino también al de la madurez de su personalidad, el niño podría alcanzar una comprensión realista del concepto de muerte.

También se debe considerar cuál ha sido el contexto social y cultural que ha tejido determinado imaginario sobre la muerte y trabajar, basado en ello, la formación adecuada para brindar información sobre la muerte.

Si por cuestiones culturales o de credo se guarda la esperanza en una vida después de la muerte, de igual forma debe ser respetada esta manera de pensar.

La idea es lograr que el hombre lleve una vida responsable, asumiendo que morirá, que más allá de que este sea o no el final de todo, la desaparición de su existencia en lo que conforma el mundo de “esta, su existencia”, tendrá que acabar en algún momento, y para ello debe estar preparado.

Lograr aceptar a la muerte como un hecho natural; que forma parte del proceso de existir, y propio de la naturaleza viva, es el primer objetivo de la educación sobre la muerte.

Lograr que en una sociedad los moribundos, seres que están muriendo *de una manera más evidente*, no sean escondidos o alejados por remitir al hecho de muerte, que tanto es evadido por el hombre.

Lograr que los procesos de duelos sean auténticos y llevaderos, que nos permitan reflexionar sobre nuestra propia muerte.

Lograr que el hombre piense en la muerte y que esto no signifique un acto, masoquista, alguna mórbida conducta o un actuar que guarde carácter de sacrificio. Debe tenerse presente a la muerte para poder planificar adecuadamente la vida.

Pensar en la muerte sería, como dice Heidegger, “precursoar la muerte” considerarla como posibilidad, acogerla y aceptarla como un hecho inminente y como componente de la existencia, porque el ser vivo es un ser mortal, por lo tanto lo que no vive no muere⁸⁵. La muerte es la verdad más notable de la vida.

⁸⁵ Álvarez-Cienfuegos Fidalgo, Juan. “Sobre el buen morir”. Devenires. Revista de Filosofía y Filosofía de la cultura. Año IV n° 8. Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2003. Pág95.

Debería tomarse en cuenta la importancia que tiene el conocimiento de la muerte en el desarrollo del hombre.

La información está abierta a través de múltiples medios, y esta se da sobre un sin número de materias, pero aún es difícil introducir un programa de educación para la muerte que no sólo competa al personal de la salud física y mental, sino que pueda estar cercana a todo hombre y que de manera idónea les sea impartida desde la infancia para hacer de ellos hombres realmente libres de enajenaciones, hombres con existencias auténticas.

Conclusiones

1. La actitud del hombre hacia la muerte, inicialmente, fue de reconocimiento e identificación con ella en la muerte de sus semejantes pero en la actualidad se ha convertido en un afán de negar y evitar enfrentarla.
2. Sigmund Freud introduce en su teoría psicoanalítica el concepto de pulsión de muerte en su obra de 1920, "Más allá del principio del placer". Al observar que no todos los procesos psíquicos, tales como la agresividad, el sadismo y masoquismo y la compulsión por la repetición, culminaban con la obtención de placer sino más bien en displacer, y que dichas manifestaciones no eran reguladas de manera automática por el principio del placer, concluyó que aquello era la pulsión de muerte, la que tiene por una de sus características restablecer un estado primigenio.
3. Martín Heidegger al desarrollar su analítica del Dasein demostró que el componente más importante de la existencia es la muerte, ya que al ser el Dasein un ser que reside en un mundo donde despliega todas sus posibilidades se encontrará, por medio de la angustia, con su posibilidad más personal e irrespectiva, que es la imposibilidad de seguir existiendo.
4. Tanto Freud como Heidegger consideran que la muerte coexiste con la vida, que constituye la existencia y que la muerte no viene a atacar de afuera, sino que ella habita en cada ser viviente.

5. La convivencia con el mundo, en el análisis de ambos autores, tiene por característica habitual la de una sumisión a las actitudes impuestas por la cultura, como la llama Freud, o “El Uno” como la llama Heidegger.

La pulsión de muerte debe ser reprimida y hecha de lado por ser opuesta al proceso que está al servicio de la pulsión de vida e integra a los hombres en una unidad, que es la sociedad. De la misma forma, Heidegger considera que “El Uno” integra al Dasein a la dictadura de la opinión pública, y despersonalizándolo, lo aleja de su posibilidad más verdadera, la aceptación de su condición finita, la de su muerte inminente.

6. Tanto Freud como Heidegger coinciden en que el hombre no concibe su condición mortal y finita. Freud señala que inconscientemente el hombre no puede pensarse como un ser finito. Heidegger, por su parte, nos presenta a un Dasein enajenado por la opinión del mundo en el que está, y que no le permite hallarse con su condición de ser incompleto y limitado por su muerte.

7. Al resaltar la importancia de los conceptos, de ambos autores, se ha propuesto la importancia de revalorar un proyecto de educación sobre la muerte, para acercar este fenómeno tan personal en la vida del hombre y lograr asimilar a la muerte como un hecho inminente y natural que constituye el ser de todo viviente.

Se ha de considerar, también, que la manera de impartir este conocimiento debe de tomar en cuenta cómo es que progresivamente se va formando el concepto de muerte en el pensamiento del hombre desde sus etapas más tempranas, como la niñez.

8. Finalmente, la conciencia sobre la propia muerte y la aceptación de ella podrá optimizar la vida del hombre, asumiendo su responsabilidad como ente social y sobre todo con el compromiso personal de llevar una existencia auténtica, en la cultura y con él mismo.

Bibliografía

Aberasturi, Arminda (1973). "La percepción de la muerte en los niños". *Revista de Psicoanálisis Asociación Psicoanalítica Argentina*. Tomo 30, n°. 3 y 4, pp. 689-702.

Alizade, Alcira Mariam (1992). "Trabajando con pacientes a la hora de morir". *Revista de Psicoanálisis Asociación Psicoanalítica Argentina*. Tomo 49, n°. 5 y 6, pp. 931-945.

Alvarado de Piérola, Carlos (2001). "Una reflexión acerca de la vida acerca de la vida y la muerte". *Revista Letras*. Año 72 n° 101-102. UNMSM, pp. 109-117.

Álvarez-Cienfuegos Fidalgo, Juan (2003). "Sobre el buen morir". *Devenires. Revista de Filosofía y Filosofía de la cultura*. Año IV n° 8. Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, pp. 80-98.

Ariés, Philippe (1982). *La muerte en Occidente*. Editorial Argos Vergara. S.A. Barcelona.

Arregui, Jorge, Choza, Jacinto (2002). *Filosofía del hombre: Una antropología de la intimidad*. Ediciones Rialp, S.A. Madrid.

Beorlegui, Carlos (2004). *Antropología Filosófica*. Universidad de Deusto. Bilbao.

Braunstein, Néstor (1983). *A medio siglo del malestar en la cultura*. Siglo veintiuno editores. México

Carotenuto, Aldo (1984). *Una secreta simetría: Sabina Spielrein entre Freud y Jung*. Gedisa. Barcelona.

Castañeda, Jaime F. Inove Hideharu (1984). *Ser humano: Antropología Filosófica en el encuentro Oriente-Occidente*. Ediciones Sígueme. Salamanca.

Chiozza, Luis (2001). *Una concepción psicoanalítica del cáncer*. Alianza Editorial. Madrid/ Buenos Aires.

Delp, Alfred (1942) *Existencia Trágica: Notas sobre la filosofía de Martín Heidegger*. Editorial Razón y Fe. Madrid.

Evelson, Elena. Grinberg, Rebeca (1962). "El niño frente a la muerte". *Revista de Psicoanálisis Asociación Psicoanalítica Argentina*. Tomo 19, n°4, pp. 344-350.

Favarger, C. Gabus, J. Chaerer R (1964). *El hombre frente a la muerte*. Ediciones Troquel. Buenos Aires.

Ferrater Mora, José (1979). *El Ser y la muerte: Bosquejo de filosofía integracionista*. Editorial Planeta. Barcelona.

Ferrater Mora, José (1980). *Diccionario de Filosofía*. Alianza Editorial. Madrid.

Flores, María Luz. Fuentes, Marcela (1984) "Introducción al tema angustia y pulsión de muerte". *Revista de Psicoanálisis Asociación Psicoanalítica Argentina*. Tomo 41, n° 5, pp. 881-888

Freud, Sigmund (1948) *Inhibición, síntoma y angustia*. Obras Completas. Biblioteca Nueva. Madrid. Tomo I.

Freud, Sigmund (1957). *Our attitude towards death*. Hogarth. London. Volume XIV.

Freud, Sigmund (1948). *Tótem y Tabú*. Obras completas. Biblioteca Nueva. Madrid. Tomo II.

Freud, Sigmund (1999). *Esquema de Psicoanálisis*. Biblioteca del Autor. Alianza Editorial. Madrid.

Freud, Sigmund (1975). *Más allá del principio del placer*. Obras Completas. Editorial Biblioteca Nueva. Madrid. Tomo VII.

Freud, Sigmund (1983). *El malestar en la cultura*. De Amorrortu Editores autorizado para: *A medio siglo del malestar en la cultura*. Siglo veintiuno editores. México.

Freud, Sigmund (1975). *Análisis terminable e interminable*. Obras Completas. Editorial Biblioteca Nueva. Madrid. Tomo IX, 1975.

Fromm, Erich (1979). *Grandeza y limitaciones del pensamiento de Freud*. Siglo veintiuno editores. México.

Gadamer, Hans Georg (2002). *Los caminos de Heidegger*. Herder. Barcelona.

García Gual, Carlos. Acosta, Eduardo (1974). *Ética de Epicuro: la génesis de una moral utilitaria*. Barral Editores. Barcelona.

García-Sabell, Domingo (1999, 2000) *Paseo alrededor de la muerte*. Ed. Alianza Editorial. S.A. Madrid.

Green, André (2001) "La muerte en la vida: algunos puntos de referencia para la pulsión de muerte". *Revista de Psicoanálisis. Asociación Psicoanalítica Argentina*. Tomo LVII, 2, pp.291-309.

Gehlen, Arnold (1993). *Antropología Filosófica: Del encuentro y descubrimiento del hombre por sí mismo*. Ediciones Paidós. Barcelona.

Green, André. Widlöcher, Daniel. Segal Hanna (1991). *La pulsión de muerte*. Amorrortu Editores. Buenos Aires.

Heidegger, Martín (2002). *Ser y Tiempo*. Traducción de Jorge Eduardo Rivera. Editorial Universitaria. Santiago de Chile.

Hinshelwood. R. D (1992). *Diccionario del pensamiento kleiniano*. Amorrortu Editores. Buenos Aires.

Huber, Winfrid. Piron, Herman. Vergote, Antoine (1964). *El psicoanálisis, ciencia del hombre*. Charles Dessart, editor. Bruselas.

Instituto de Teología Pastoral “Fray Martín” de la Diócesis de Chosica (2001). *Curso de Teología a distancia: Bioética y moral familiar*. Siklos. Lima.

Kelemah, Stanley (1998). *Vivir la propia muerte*. Editorial Descleé de Brouwer. Bilbao.

Kübler-Ross, Elisabeth (2000). *La rueda de la vida*. Biblioteca de bolsillo. Barcelona.

Kübler-Ross, Elisabeth (1999). *Los niños y la muerte*. Luciérnaga Océano. Barcelona.

Landmann, Michel (1978). *Antropología Filosófica: Autointerpretación del hombre en la historia y en el presente*. Uthena. México.

Laplanche, Jean (2001). "Pulsión e instinto". *Revista de Psicoanálisis*. Asociación Psicoanalítica Argentina. Tomo LVIII, 1, pp. 23-36.

Laplanche, Jean (1970). *Vida y muerte en Psicoanálisis*. Amorrortu Editores. Buenos Aires

Lewis, Melvin (1986). *Desarrollo psicológico del niño* (conceptos evolutivos y clínicos) Interamericana. México D. F.

Lorenz, Konrad (1971). *Biología del comportamiento*. Siglo Veintiuno editores, S.A. México D. F.

MAMUKA, Consultores (2001). *Padres de Hoy*. Editora El Comercio. S.A. Lima.

Monteagudo Valdez, Cecilia (1996). "La temporalidad y la vida". *Boletín del Instituto Riva –Agüero* n° 174. P.U.C.P, pp. 141-153.

Morris, Charles (1992). *Psicología: un nuevo enfoque*. Prentice-Hall. México.

Murillo, José Ignacio (1999). *El valor revelador de la muerte*. Cuadernos de Anuario Filosófico. Universidad de Navarra. Pamplona.

Nach, I. Ajuría Guerra, J de. Badaracco, G (1959). *El psicoanálisis hoy*. Luis Miracle, editor. Barcelona.

Nietzche, Fiedriech (1980). *Así hablaba Zaratustra*. Biblioteca Edaf de bolsillo. Madrid.

Pérez Valera, Víctor (1986). *El hombre y su muerte*. Editorial Jus. S.A. México.

Pipper, Josef (1977). *Muerte e inmortalidad*. Editorial Herder. Barcelona.

Platón (1971). *El Fedón*. Carlos Casares. Editorial Universitaria. Buenos Aires.

Pöggeler, Oto (1986). *El camino del pensar de Martín Heidegger*. Alianza Editorial. Madrid.

Russo Delgado, José A (1963). *El hombre y la pregunta por el ser*. UNMSM-Departamento de publicaciones. Lima.

Savater, Fernando (1993). *Las preguntas de la vida*. Editorial Ariel. S.A. Santafé de Bogotá.

Schopenhauer, Arthur (1956). *El amor, las mujeres y la muerte*. Ediciones Cenit. Buenos Aires.

Sinay Millonschik, Cecilia (2001). "La pulsión de muerte". *Revista de Psicoanálisis. Asociación Psicoanalítica Argentina*. Tomo LVIII, 1, pp. 103-110.

Tortorella, Laura (2003). "Heidegger y el ser para la muerte". *L'Ateneo Pontificio: Ecclesia, revista di cultura católica*. Traducción de Martín F. Echevarría. Volumen VII, n° 1, pp 104-108.

Toynbee, Arnold y otros (1971). *El hombre frente a la muerte*. Enecé Editores. Buenos Aires.

Villa Posse, Eugenia (1993). *Muerte: Cultos y cementerios*. Disloque Editores. Santafé de Bogotá.

